



ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN V
Cuentos en pandemia
2020



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN

16ª Libroferia Encarnación

ANTOLOGÍA
JÓVENES QUE CUENTAN V
Cuentos en pandemia

Encarnación, Paraguay
Septiembre de 2020

Créditos Editoriales

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



EDITORIAL DIVESPER

Kreusser e/ Honorio González e Independencia
Nacional — Encarnación, Paraguay
Teléfono: 595 71 205454
email: editorial@unae.edu.py
www.unae.edu.py

Nadia Czeraniuk, Presidenta de la Comisión Organizadora de la
Librería Encarnación — Dirección Editorial

Verena Schaefer, Julia Stark, Diana Rodríguez y Graciela Lezcano
Comité de evaluación y corrección

Tania Schaefer y **Henry Chávez** Corrección y revisión del estilo.

Milia Gayoso, Alejandro Hernández y Feliciano Acosta, Jurado a
cargo de la selección de los tres primeros lugares

Francisco Cantoni, Gestión de Publicaciones, diseño y diagramación.

© EDITORIAL DIVESPER

104 Páginas

Encarnación, septiembre 2020

ISBN 978-99967-998-3-9



INDICE

PRESENTACIÓN

Nadia Czeraniuk de Schaefer 7

EL CONCURSO 9

1— EL CUIDADOR DE ENFERMOS

Sara Belén Pérez Chamorro 15

2— ENTRE LAS PAREDES DE MI MENTE

Alicia Isabel López Cáceres 19

3— SOSA

Enzo Daniel Fernández Domínguez 24

4— LA PINTURA DE SU VIDA

Araceli Magali Vera Andreiuk 28

5— TIEMPOS DIFÍCILES

Niza Luana Gómez de la Fuente Avalos 33

6— OBRA DEL TIEMPO

José Nilton Azuaga Markovics 41

7— LAZOS DE SANGRE

Karen Mena Garcete 46

8— CAPOLA

Fátima Leticia Galeano Torales 51

9— MENTE EN CAUTIVERIO

Laura Mariángel Masloff Maciel 57

10— PEDRO	
<i>Luis Fernando Acevedo Trinidad</i>	59
11— MARTÍN Y LOS SIETEMESINOS	
<i>Alejandra Luján Zarza Mori</i>	63
12— PLATA YVYGUY EN CUARENTENA	
<i>Ingrid Tamara Cabrera Ramírez</i>	68
13— CARTA A UN DIFUNTO	
<i>Andrés Sebastián Gutiérrez Gutiérrez</i>	71
14— EL JARDÍN DE LOS DESEOS	
<i>Rodrigo Daniel Espinoza Espínola</i>	75
15— EL RELOJ	
<i>Ana Paula Encina Ariste</i>	79
16— SUEÑO VERSUS VIRUS	
<i>Francisco Suárez Núñez</i>	83
17— EL DITRIÓN CODICIADO	
<i>Eliana Maria Ojeda Ortiz</i>	87
18— KATIA	
<i>Erika Andrea Silvero Cáceres</i>	92
19— LA HEROICA MAESTRA	
<i>Rodrigo Fabián Barreto González</i>	96
20— RESILIENCIA	
<i>Fátima Gabriela Arza</i>	98

PRESENTACIÓN

NADIA CZERANIUK DE SCHAEFER¹

En tiempos de malas noticias, presentar un libro de cuentos escrito por jóvenes paraguayos, no puede menos que llenarnos de esperanza.

El 2020, un año especial para el mundo, donde la sorpresa y la incertidumbre son las constantes, recibimos gratamente una mejor respuesta a la convocatoria de presentar cuentos, respecto a años anteriores, en este V Concurso que denominamos “Jóvenes que cuentan cuentos en pandemia”. Organizado por la Universidad Autónoma de Encarnación, como parte de las actividades enmarcadas en su proyecto de promoción de la lectura, el libro y los escritores, la Librería Encarnación en su edición número 16.

Será la soledad, el encierro, la reflexión que aflora, el miedo, la angustia, la ansiedad, las ganas de no quedarnos callados, la necesidad de decir lo que somos, sentimos, soñamos.

Serán las palabras, esas que aparecen para poner nombre a lo que aprieta al corazón.

Pueden ser muchos motivos, pero la noticia es buena.

Dice el jurado preseleccionador de los 20 cuentos que aquí

1 Doctora en Educación. Magíster en Docencia y Gestión Educativa. Licenciada en Pedagogía con Énfasis en Educación Idiomatica. Rectora del Complejo Educativo UNAE.

presentamos, como el jurado que eligió las 3 mejores obras, que “los chicos escriben mejor”, “se expresan gratamente mejor”.

Agradecemos a los docentes de la UNAE que tuvieron la primera tarea de preseleccionar los trabajos y al jurado que eligió los 3 primeros lugares, integrado por los escritores Feliciano Acosta, Alejandro Hernández y Milia Gayoso Manzur.

Compartimos con los lectores estos 20 cuentos seleccionados entre casi 90 presentados y celebramos a nuestros noveles escritores animándolos a seguir. El país y el mundo necesitan más buenas noticias como esta. Todos necesitamos esperanza y la creencia de que un mundo mejor es posible, el optimismo es un deber.

Como nos decía Noam Chomsky “Si asumes que no hay esperanza, garantizas que no habrá esperanza. Si asumes que hay un instinto hacia la libertad, que hay oportunidades para cambiar las cosas, entonces hay una posibilidad de que puedas contribuir a hacer un mundo mejor. Esa es tu alternativa”

¡Que disfruten de la lectura!

Nadia Czeraniuk
Rectora Universidad Autónoma de Encarnación

V CONCURSO DE CUENTOS JÓVENES QUE CUENTAN
Cuentos en pandemia

El objeto del concurso es la promoción de la escritura de textos literarios creativos entre los jóvenes, que conllevan un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones que ellos quieran manifestar.

El plazo de presentación será hasta el día 31 de agosto de 2020. Escansen al código QR y complete el formulario

16ª LibroFeria Encarnación
LEER CONTAGIA CULTURA
2020

PARTICIPAN:
 Jóvenes de 16 a 25 años

1. El tipo de cuento aceptado corresponde a la categoría de Cuentos Breves. El texto debe desarrollarse sobre cualquier tema o historia, evitando temas controvertidos (Violencia, Lucha de Poder, etc.) y temas de índole política o religiosa de 1 a 5 párrafos de 150 a 250 palabras.

2. Cada participante podrá presentar un solo cuento de hasta diez renglones a elección (que no haya sido publicado en ningún periódico o revista), salvo si ha sido objeto de alguna intervención que no haya sido presentada en otro concurso, ni haya sido publicada o presentada en cualquier otro medio de comunicación.

3. Los textos no podrán superar los 1.000 caracteres con espacios.

4. No se aceptarán obras colectivas.

5. Pueden presentarse escritores extranjeros, de 16 a 25 años, con nacionalidad paraguaya. Si extranjero quien no pueda presentarse personalmente, aunque haya publicado anteriormente obras literarias.

Dictamen: Se dará a conocer los cuentos que formarán parte de la Antología, en el mes de septiembre del 2020. Después, los ganadores del premio se darán a conocer en la Antología de la 1ª LibroFeria Encarnación el 30 de septiembre de 2020.

Premios: 1. Publicación en un libro: Antología "Jóvenes que cuentan" "Cuentos en pandemia" de 16 a 25 años.
 2. Premios electrónicos para los 3 primeros lugares.
 3. Certificado de participación.
 Los finalistas recibirán el libro correspondiente a la Antología.

EL CONCURSO

Basados en el éxito de sus primeras ediciones, la organización de la Libroferia Encarnación y la Universidad Autónoma de Encarnación (UNAE), organizaron en el 2020 el concurso de cuentos: “Jóvenes que cuentan V, Cuentos en Pandemia”. El objetivo del concurso ha sido la búsqueda de

la promoción, entre los jóvenes, de la escritura de textos literarios creativos que conlleven un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones que ellos quieran manifestar. Estuvo dirigido a jóvenes comprendidos entre los 15 y 26 años

Los premios son:

— Publicación en un libro : Antología “Jóvenes que cuentan”, de los 20 mejores cuentos seleccionados, a ser presentado en el marco de la 16ª Libroferia Encarnación.

— Equipos electrónicos para los 3 primeros lugares.

Certificados respectivos.

SOBRE LOS TRABAJOS Y PARTICIPANTES

1. El tipo de cuento aceptado corresponde a la categoría de Cuentos Breves.

Temática y Extensión: El tema y la modalidad serán libres.

La extensión puede ser desde 1 a 5 páginas escritas en A4 con interlineado de 1,5 y tipo y tamaño de letra Arial 12.

2. Cada postulante podrá presentar un sólo cuento de tema libre, original e inédito (que no haya sido publicado en medios impresos o virtuales, salvo si fueran sitios de acceso restringido), que no haya sido presentado en otro concurso, o tenga cedidos o prometidos los derechos de edición y/o reproducción.

3. Los textos no podrán exceder los 7.500 caracteres con espacios.

4. No se aceptarán obras colectivas.

5. Podrán concursar escritores emergentes, de 15 a 26 años, con nacionalidad paraguaya. Es emergente quien no posea publicaciones reconocidas, aunque haya publicado ocasionalmente obras literarias. Para realizar la inscripción, se deberá rellenar un formulario web.

SOBRE EL JURADO Y EL COMITÉ DE LECTURA

6. El Comité de lectura estará compuesto por aproximadamente 5 miembros relacionados con el mundo de la literatura y las artes. Será el encargado de la selección de hasta 20 trabajos finalistas, para ser evaluados por el Jurado. Los cuentos finalistas corresponden a los cuentos que formarán parte de una Antología a ser publicada en el contexto de la 16a. Librería Encarnación.

7. El Jurado estará compuesto por 3 (tres) prestigiosos escritores nacionales, quienes serán los encargados de definir a los premiados en primer, segundo y tercer lugar. Su fallo será

inapelable, haciéndose público en el acto de Entrega de Premios y Encuentro Cultural que se realizará en el marco de las actividades de la 16ª Librería Encarnación. Este jurado está compuesto por los escritores: Milia Gayoso Manzur, Feliciano Acosta y Alejandro Hernández.

PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS Y PLAZOS

8. El plazo de presentación será desde la publicación de estas bases hasta el día 20 de agosto de 2020

9. Las obras se presentarán sin identificación de la persona autora haciendo constar el título de la misma. El envío se realizará mediante el formulario web previsto para el evento dentro de la web de la UNAE (www.unae.edu.py).

10. El formulario de inscripción también estará publicado en la FanPage de la Librería Encarnación.

DICTÁMENES, DERECHOS Y PREMIOS

11. Dictamen: Se darán a conocer los cuentos que formarán parte de la Antología y los 3 primeros lugares en la semana de la 16ª Librería Encarnación (1 al 6 de septiembre de 2020)

12. Cesión de Derechos: Los autores premiados, ceden los derechos de publicación de sus obras a la organización del Concurso, para su publicación en una Antología.

13. Cualquier punto que no estuviere estipulado en estas bases, será dirimido por la organización y los miembros del jurado



ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN V
Cuentos en pandemia
2020



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN

1

EL CUIDADOR DE ENFERMOS

Sara Belén Pérez Chamorro

Cuando decidí estudiar Medicina sabía que en algunos momentos me iba a topar con cosas que no me iban a gustar, tanto en la universidad como en el trabajo. Sabía que todas las teorías y las prácticas que llevábamos solo serían puestas a prueba al experimentarlas en la vida real. Jamás creí estar preparado para muchas cosas, pero las personas depositaban en nosotros su confianza, y no nos quedaba nada más que ponernos las batas y seguir ayudando, así como ayudé a mi amigo Milton.

Milton y yo fuimos coincidentemente los primeros casos de Covid en nuestra ciudad, (él antes que yo), y ambos nos encontrábamos en cuarentena en la sala de internación pediátrica del hospital. Al principio todo era muy confuso y triste para ambos; nos separaron de nuestras familias, nos revisaban la temperatura y nos preguntaban cómo estábamos todo el tiempo, ¡éramos niños de 5 y 7 años que no entendían lo que pasaba! Yo sólo quería un amigo y cuando supe que un niño estaba en la habitación de al lado rogaba para verlo, mas las enfermeras no lo permitían.

Para pasar el tiempo jugaba con 3 juguetes que me dejaron tener. Yo podía jugar con dos, pero faltaba alguien que debía darle vida al tercero. Seguí rogando y con muchos días de esfuerzo me permitieron ver al niño de al lado por unos minutos. Fui emocionado por conocerlo, sin embargo, no era como lo esperaba,

él era callado y tímido, no le gustaba jugar con los juguetes que yo tenía, le gustaba dibujar y “leer” un libro que le permitieron tener (aunque él sólo miraba los dibujos del libro). Recuerdo que intenté conversar, pero parecía no agradaarle, entonces me retiré unos minutos después. Estaba triste porque no había ningún otro niño y éste era el más aburrido de todos los que podían existir. Me prometí ya no verlo y aburrirme con mis tres juguetes mucho más interesantes. Un día las enfermeras me preguntaron si quería volver ya que él había preguntado por mí, al parecer sí le agradé y quería jugar conmigo. Fue divertido, aunque, más que jugar, él me hacía preguntas como quién era, por qué estaba aquí, qué me gustaba y cosas así. Recuerdo que le respondí todas al igual que él a mí. Milton me dijo que estaba aquí por el asma y el Covid que su papá le había contagiado. Su padre se encontraba en el área de internación para mayores. No tenía idea de cómo Milton sí sabía quién lo había contagiado, porque en ese entonces, yo no.

Pasábamos varias horas de la semana conociéndonos y jugando a las preguntas porque era su juego favorito. Bromeaba y “anotaba” todo lo que yo respondía, pero en el fondo sabía que sólo eran un montón de letras sin sentido. Me gustaba verlo feliz, parecía no estar enfermo cuando reía, parecía que ambos estábamos sanos y en la sala de la casa del otro, riendo como dos niños sin Covid. La amistad que formamos nos ayudó a olvidar lo que estaba pasando, hasta me prestó su libro que tanto quería, trataba de una leyenda griega llamada “Ícaro y Dédalo” y traía dibujos. Dijo que su padre lo leía todo el tiempo para él y que yo también debería hacerlo. Yo apenas sabía leer, era muy lento leyendo, pero le prometí que haría un esfuerzo. Esa misma noche abrí el libro, lo leí, y me gustó, al menos lo que pude entender, ya que había cosas que me parecían muy difíciles; al día siguiente le iba a leer a Milton. Cuando pregunté para verlo me dijeron que no podía ir. Me quedé dudando, ¿Milton se había enojado conmigo porque me reí cuando dijo que quería ser inventor? Luego de retirarse las enfermeras fui a buscarlo en su habitación, pero no estaba. Esperé hasta la tarde, pero no volvía. Luego de ducharme y cenar, oí que Milton volvió, se veía muy feliz, con un hombre que le cargaba, me pregunté en ese momento si aquel era un enfermero, y sí, lo era, ¿por qué no me

cargaba a mí también?

Al siguiente día, martes, mi amigo vino a verme, me pidió perdón por no estar el otro día y me contó que fue a ver a su padre en internación para adultos, allí pasaron el día juntos. Me pareció muy injusto que él sí podía ver a su padre y yo no, de todas formas, igual seguimos jugando. Casi al final de la hora que él debía retirarse le leí la primera página del libro de Ícaro, él estaba tan feliz al igual que yo.

El miércoles, para sorpresa mía, tuve una visita diferente: mi papá. Estaba en un traje que lo dejaba bastante gracioso. Lo abracé y jugué con él hasta que se fue; me olvidé de jugar con Milton. Mi padre me contó sobre mamá y mi hermanita, dijo que todos estaban bien y mandaban saludos, que debía ser fuerte y que pronto saldría de ahí. Le conté sobre mi nuevo amigo y nuestros juegos, le conté sobre el libro e incluso lo que memoricé de la primera página; por alguna extraña razón, que en ese entonces no comprendía, mi papá estaba dejando escapar algunas lágrimas. Deseé que se quedara más, pero debía irse; se despidió de mí diciendo que la próxima vez que volviera sería para llevarme a casa, y así fue.

Estaba almorzando cuando recordé que aún no fui a ver a Milton y él tampoco había venido a visitarme. Pedí permiso a la enfermera, no me lo dio. Dijo que Milton estaba muy ocupado y no podía verme hoy. Pasaron varios días sin jugar con mi amigo hasta que mi papá volvió, y así como prometió, vino a buscarme: yo vencí al Covid. Preparaba mis cosas cuando recordé que no volvería a jugar con Milton, fui corriendo a su habitación para despedirme, pero ya no estaba ahí, me pregunté si también ya había ido a su casa y no se despidió. Vi su libro al lado de la cama, lo agarré para llevárselo, me contó que vivía al otro lado de la ciudad, yo no sabía dónde era, papá sí. Recuerdo lo feliz que estaba por conocer la casa de Milton. Cuando le conté a papá en el auto él se detuvo a llorar, y yo seguía sin comprender lo que pasaba.

Cuando somos niños queremos entenderlo todo, creemos que todo tiene explicación, pero no es así. Algunas cosas pasan y jamás

sabremos por qué ocurren, ¿por qué algunos son y otros no lo son?, ¿por qué algunos logran llegar a la cima y otros caen hasta el suelo?, ¿por qué algunos mueren como Ícaro y otros viven como Dédalo?

Milton murió el miércoles que papá fue a visitarme, su cuadro de asma había empeorado por el Covid, pero según las enfermeras mi compañía lo hacía olvidar todo dolor. A causa de su delicado estado los directivos del hospital le permitieron a su padre verlo una última vez, aunque Milton no lo sabía. Mi padre también fue a visitarme solamente para que yo no estuviera sin compañía mientras mi amigo moría. Las enfermeras no me dijeron nada, no sabían cómo explicarlo y prefirieron que mi padre lo hiciera. El libro de la leyenda de “Ícaro y Dédalo” me lo obsequió a mí esa misma noche que lo leí para él. Le pidió a una enfermera que escribiera mi nombre en la portada del libro, ya que él aún no sabía cómo hacerlo.

Cuando decidí estudiar Medicina sabía que en algunos momentos me iba a topar con cosas que no me iban a gustar, cosas que me harían recordar lo que en un momento viví. Mis padres creyeron que escogería Licenciatura en Literatura Castellana, pero seguí mi pasión por la Medicina; hice mi especialización en Pediatría y actualmente soy uno de los pediatras más reconocidos y respetados de la ciudad. Amo mi trabajo y ayudar a los niños a mantenerlos felices, haciéndoles preguntas que anoto en un diario, contándoles cuentos y, en especial, una antigua leyenda griega sobre un inventor.

2

ENTRE LAS PAREDES DE MI MENTE

Alicia Isabel López Cáceres

—Clonazepam —dijo mientras escribía la receta— un comprimido al día... vos sabés.

—Sí, sé —dije, casi susurrando.

—Tranquila, son cosas que pasan.

Conocí al Doctor Torres en el XIV Congreso de Medicina Interna. Nos habíamos vuelto amigos, principalmente por el común denominador de trabajar en el mismo hospital. Él un R3, yo una R1 rotando en Urgencias.

No sabría decir con exactitud, por qué elegí Clínica Médica como especialidad. En incontables momentos me repetí que debía haber elegido algo más. No es que no supiera en lo que me iba a meter, claro que sabía. Pero no creí que me afectaría tanto.

La primera vez que vi morir a alguien fue a mi padre: íbamos en auto, yo tenía 16, y tuvimos un accidente. Lo arrastré fuera del vehículo al intentar salvarlo. Luego me enteré que no debí hacerlo. Murió en poco tiempo, frente a mí.

La cuestión es que la idea de que tal vez, si no lo hubiera movido, se habría salvado, se implantó en mi mente. Por eso decidí

estudiar medicina: para intentar pagar una especie de deuda con el universo, ayudando a todas las vidas posibles a cambio de la que no pude salvar en aquella ocasión.

Consulté con el Dr. Torres porque hacía meses que mis sueños eran interrumpidos, en especial tras jornadas como estas, habíamos perdido a tres pacientes esa misma tarde.

Al salir, lo único que quería era llegar a casa y no hacer nada. Pero tenía que comer algo, aunque no tuviera ni pizca de hambre pese a las 12 horas seguidas de trabajo.

Hice las paradas para conseguir los somníferos y algo de comer. Comida chatarra, como siempre, pensé.

Vivía en un alquiler, en el tercer piso, cuya palabra exacta para describirlo era: deprimente. No obstante, era lo que podía pagar y quedaba cerca del hospital.

Solo comí media hamburguesa, luego tomé los somníferos y una hora más tarde me dormí.

Al día siguiente, desperté con una llamada de mi jefa.

—Mónica, ¿cómo estás?

—Bien —respondí aún atontada

—Te llamo para confirmar algo: ¿vos atendiste al paciente con insuficiencia respiratoria el jueves? —preguntó.

—Sí. Lo derivamos a emergencias por su gravedad.

—Sí, ya sé —señaló— Hoy tuvimos los resultados del hisopado, dio positivo. Lamento informarte que vas a quedar en cuarentena. Irán en el transcurso de la mañana a tomarte muestras.

Mi cabeza dio mil vueltas antes de responder:

—Está bien.

Me quedé sentada al borde de la cama, pensando ¿era posible? Intenté recordar toda la escena: paciente masculino, de unos 50 años, con insuficiencia respiratoria. Entró al área de Urgencias con

maskarilla, y yo tenía mi equipo de protección. Él se quejó de no poder respirar y se quitó el cubre bocas en un intento desesperado por llenar sus pulmones de aire. Yo no había tenido tiempo de colocarme los guantes. Pero me lavé las manos posteriormente... O al menos lo hice antes de atender a otro paciente. Pero... ¿me había tocado la cara antes de lavármelas? No podía recordar con claridad. Solo recordaba haber llorado antes de entrar a la guardia, por el estrés que me causaban los exámenes.

Llegaron como a las 09:00 AM, pero del lunes, a tomarme la muestra. Durante esa espera del fin de semana, la ansiedad me consumió. No podía dejar de pensar si me había tocado o no la cara.

El martes me confirmaron lo que me temía: salió positivo.

Si no hubiera llorado no me hubiera contagiado; estaría trabajando, no siendo una inútil dentro de 4 paredes.

Llamé a una compañera para pedirle que me trajera alimentos y otras cosas. Dejó las compras frente a la puerta de mi apartamento. Contacté también a todos con quienes había tenido algún tipo de acercamiento y les comenté la situación.

Me quedaban dos semanas encerrada aquí, y ya me había hartado de todo. No quería ver la televisión y los únicos libros que tenía conmigo eran de medicina, así que tampoco tenía ganas de leerme algo. Me pasé días enteros culpándome por cientos de situaciones que pasaron incluso años atrás.

Una sucesión de recuerdos vino a mí de las veces que me dijeron que nunca sería una buena médica y que no tenía vocación por quejarme del estilo de vida que lleva el personal de salud. Vos elegiste esto, decían.

Yo elegí salvar vidas. No perder la mía.

Al séptimo día de cuarentena presenté síntomas leves: tos seca, dolor de cabeza y de garganta. Seguía igual de cansada como siempre, y no lograba descansar por completo sin el clonazepam.

El confinamiento era una especie de túnel oscuro sin luz al final.

Me sentía demasiado sola.

Comenzaba a olvidar ciertas cosas, si es que ya había comido o cerrado las ventanas y puertas. Cierta vez, efectivamente, olvidé cerrar la del balcón y entró un pequeño felino color melaza. Tenía tantas ganas de acariciarlo... pero, ¿y qué tal si tenía un dueño y yo lo contagiaba? Me resistí e intenté con todo mi ingenio sacarlo por el mismo lugar por el que entró. Fue inútil. Se pegó a mí, ronroneando y pasando su cuerpecito por mis piernas, desde las orejas hasta la colita.

Finalmente, se me ocurrió darle la lata de atún que tenía guardada en la alacena. Con eso logré sacarlo y cerrar la puerta.

Cuando vinieron a hacerme la segunda prueba, mi ansiedad reapareció y los somníferos empezaron a hacer menos efecto. Había aumentado mi tolerancia y si no los dejaba, pronto se convertirían en una adicción.

Hice video llamadas con mi madre, varias veces, mas hablar con ella no me ayudaba mucho. No quería que se preocupara, así que me convertí en una especie de actriz que sonreía y decía que todo estaba bien hasta apagar las cámaras, momento en el que volvía a ser tan miserable como antes.

A las dos semanas de confinamiento, volvieron para un tercer test. Yo no sabía siquiera los resultados del segundo.

—¿Cómo salió el test anterior? —pregunté.

—Negativo. Pero pudo ser uno falso. Así que con este vamos a confirmar —dijo el hombre bajo el equipo de protección— En 48 horas a más tardar, te van a comunicar los resultados.

Ansiedad. Ansiedad. Ansiedad.

Por Dios, esto no es normal, pensé.

Los signos y síntomas estaban ahí. Me estaba intentando convencer a mí misma de lo contrario. Solo es el encierro, me dije. Pero, recapitulaba momentos de mi existencia que me confesaban lo innegable.

¿Qué van a pensar de mí? Dirán que soy menos capaz que el resto, que no podré manejar las responsabilidades de la profesión y no tomarán en serio mis opiniones. No pude controlarme. Me tomé una, dos, tres pastillas.

Quedé profundamente dormida. Y lo que soñé me devolvió las ganas de vivir:

Vi a mi padre, sentado en el asiento del conductor, mirando lejos, sereno.

—Perdón —dije con la voz temblorosa— Perdón, papi —repetí mientras sentía cálidas gotas salir de mi interior.

Él me miró con sus tranquilos ojos de oliva, sonrió y me enjugó las lágrimas pasando sus dedos sobre mi mejilla. Ahí lo entendí, no era mi culpa y necesitaba buscar ayuda para lidiar con el dolor ¿qué importaba lo que creyeran de mí?

A la mañana siguiente, unas esponjosas patitas me asustaron. Abrí los ojos y vi dos enormes luceros verdes mirándome. Maulló como diciendo: soy yo. Era el pequeño gato de la vez pasada, sobre mi pecho, con la mirada fija en mí. Me había olvidado de cerrar la puerta del balcón... otra vez.

Sonó mi teléfono. Era un mensaje de mi jefa: “Tenemos el resultado. Negativo. Vas a poder volver al trabajo en poco tiempo”. Miré al minino acurrucado sobre mi cama, sonreí y respondí: “Gracias, Doctora. Pero antes necesito hablar con el Lic. Chamorro, quiero hablar con un psicólogo”.

3

SOSA

Enzo Daniel Fernández Domínguez

Hacía dos días que tenía síntomas. La fiebre me dejaba cansado e inmóvil. Por momentos intentaba dormir y lo lograba, pero al rato, el calor de los rayos del sol terminaba por despertarme. Dije que cambiaría la tenue cortina blanca por una más oscura, pero justo se vino la pandemia.

Desde mi cama, pegada al balcón, veía que los autos circulaban por las calles como si la normalidad estuviese vigente. El gobierno decretó la cuarentena total, pero el acatamiento era ínfimo. Los servicios sanitarios estaban a punto de colapsar. Las camas de terapia están ocupadas en un 90 %, lo cual pronosticaba tan solo el comienzo de la agonía social. El mundo estaba atrapado en un dilema: economía o salud. Los que habían priorizado su salud al comienzo del encierro, hoy salían desesperados a buscar el pan en medio del desastre sanitario.

Traté de comunicarme con gente del Ministerio infructuosamente. Llamé al 154 y me dejaron en espera porque había 300 llamadas en la lista. Entonces, desanimado, decidí automedicarme y esperar.

A dos cuadras de mi casa vivía Sosa, un catedrático jubilado que había enseñado Derecho Civil por cuarenta años. Era un hombre sádico, que disfrutaba de humillar a sus estudiantes. Había sido un cercano al régimen y, a través de contactos, consiguió muchos favores para él y su familia. Ya en democracia, tuvo que limpiar

su imagen. Como muchos otros colorados stronistas, se unió al argañismo. Fue miembro suplente de la Junta de Gobierno por dos periodos. Argaña le tenía mucha estima, en reuniones discretas solía decirle que, si llegaba a presidente, le iba a llevar consigo al Palacio.

Sin embargo, cuando ocurrió el magnicidio, en 1999, se retiró de la política activa. Mantuvo contactos estrechos con el poder a través de la universidad, pero siempre desde la penumbra. Ya no se sentía parte de la nueva generación. La limpieza tenía sus límites.

Había sido mi profesor cuando cursé Derecho Civil y justo me había tocado ser su estudiante en el año en que ya se jubilaba. Entre mis compañeros, yo era el único que tenía inclinaciones hacia la izquierda, pues mi padre había sido parte de la columna Mariscal López, un grupo guerrillero comandado por el legendario Agapito Valiente. Yo heredé la tradición de izquierda y Sosa lo sabía.

A veces entraba a sus clases con la remera del Che. Al verme, Sosa se mostraba irritado. En varias oportunidades me echó de la clase por cuestionarle su stronismo. “Salí de acá, bolche”, solía decirme, con su voz calma pero firme y, antes de que yo pudiera responder, agregaba: “por favor”. Porque Sosa era un stronista convencido, pero no un patotero.

La impunidad con que se manejaba Sosa era característica de una sociedad a la que se le había amputado la memoria. En su época de gloria, Sosa había amasado una fortuna considerable que finalmente dilapidó en los casinos de Ciudad del Este, que en esos tiempos se llamaba Puerto Presidente Stroessner. Después de haber perdido hasta el último centavo que le quedaba en sus cuentas bancarias, empezó a vivir exclusivamente de su jubilación. Ese dinero le alcanzaba para alquilar un departamento de mala muerte, a dos cuadras de mi casa.

Muchas veces fantaseé con hacerles pagar un precio justo a los dinosaurios stronistas como Sosa. Pero la Justicia en este país es un teatro de poca monta. La policía se dedica a perseguir paseras mientras cuidan los cargamentos de los grandes contrabandistas, los jueces meten presos y condenan a pobres marginales por

robar gallinas y comisarios torturadores siguen recibiendo condecoraciones por parte del Estado.

Mi idea de hacer justicia pasó de lo abstracto a lo concreto cuando me enteré de que Sosa era pariente y amigo de Patricio Colmán, un hombre fuerte del régimen. Resulta que, después del episodio en que Colmán fue asesinado por Agapito Valiente, Sosa ordenó la búsqueda y la ejecución de los compañeros de Agapito que habían sobrevivido. Entre ellos, mi padre, quien fue visto por última vez en Misiones, Argentina.

Conocí esos hechos ya de grande, después de terminar la facultad. Recuerdo que la rabia me persiguió por mucho tiempo. Contemplé la posibilidad de accionar judicialmente, aunque después lo pensé mejor: sabía que si recurría a los tribunales me metería en una novela kafkiana. Lo que me quedaba era, simplemente, esperar el día y la hora en que a Sosa se le apague el sol.

Sin embargo, en tiempos de pandemia, ya sin nada que perder, diseñé un plan.

Sosa, de ochenta años, estaba lúcido y vivía solo. Como persona de riesgo, no salía de su departamento. Por la mañana, el muchacho del supermercado le hacía las compras y le llevaba los medicamentos que necesitaba. Sosa le dejaba un sobre con dinero. El muchacho lo recogía y se preparaba para volver al día siguiente. Es una rutina aburrida, pero de vital importancia para Sosa.

El primer paso que emprendí fue contactar con el muchacho. Entré al supermercado. Simulé hacer unas compras mientras él preparaba las bolsas para Sosa. Luego, una vez que terminó, le dije que yo era un exalumno de Sosa y que le podía llevar sus cosas. El muchacho desconfió por un momento, entonces le ofrecí una buena propina. Evidentemente era más de lo que le daba Sosa y de lo que recaudaba acomodando carritos. Terminó por aceptar y se fue.

Cargué a duras penas con las bolsas. Cada paso que daba requería un esfuerzo doble. Mi respiración estaba entrecortada. Empecé a toser para echar el catarro. Apenas lograba escupir mi saliva. Aun

así, seguí con el plan.

Llegué al edificio donde vivía Sosa y pedí permiso al guardia. Mi tapabocas impidió que se diera cuenta de que no era el muchacho del super.

—Amigo, tenés que lavarte las manos para entrar. —dijo el guardia.

Asentí con un gesto y me dirigí hacia el lavatorio. Una vez limpias mis manos, entré al edificio.

—Amigo, el ascensor no anda. Se le está haciendo mantenimiento. Tenés que subir por la escalera. —agregó el guardia, cuando vio que yo pedía el ascensor.

Mi pulso se aceleró súbitamente. Me aguantaba la tos para que el guardia no me echara a patadas del lugar. Había tomado tantas pastillas de paracetamol que la fiebre se convirtió en un sudor frío. Me dije a mí mismo que era ahora o nunca y empecé a subir.

Mientras subía, pensaba en Sosa. En mi mente lo veía demacrado, decrepito, con surcos profundos en el rostro que acumulaban su sudor. La última vez que lo vi fue hace cinco años y no era tan viejo el desgraciado. Pensé en sus reacciones posibles al verme. Imaginé cada palabra que podría decir. Cada gesto, cada expresión: Sosa asqueado, Sosa sorprendido, Sosa indiferente, Sosa cagado de miedo...

Cuando llegué a su puerta, canté victoria. El plan estaba consumado. Yo decretaría su fin. Nadie lo sabría, nadie sospecharía. La justicia saldría de mi boca en forma de gotitas microscópicas.

Toqué el timbre con insistencia. Una, dos, tres y, en la cuarta, la vista, repentinamente, se me nubló. Las bolsas se cayeron al suelo y el ruido de las botellas quebrándose era lo único que yo podía distinguir entre tanta confusión. La justicia, de nuevo, estaba lejos, muy lejos, tan lejos, como yo de la vida, tan lejos, como Sosa de la muerte.

4

LA PINTURA DE SU VIDA

Araceli Magali Vera Andreiuk

Las calles desoladas, las veredas vacías, los puntos de encuentro desbordando el silencio que todos trataban de encontrar ante los gritos de desesperación que cada uno llevaba en su interior.

Cada día era una cifra diferente de personas que se volvían víctimas de lo inevitable, el único plan que teníamos eran cuatro paredes y la esperanza de que todo acabaría pronto.

El miedo se había vuelto el mejor compañero. Que podía decir yo, un viejo canoso, algo enfermo de los huesos, consiente de los años que había vivido al ver a mis nietos corriendo de un lado para el otro, así es, había caminado lo suficiente como para saber que la vida era un manojo de sorpresas y que siempre había que andar preparado para lo que fuera cuando fuera. Desde pequeño siempre he trabajado duro, topándome con personas y situaciones que hicieron que mi vida tenga contraste e historia; el hombre no suele saciarse tan fácilmente, pero me sentía satisfecho.

“Lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay poder humano que lo prevenga”, miles de anécdotas venían a mi memoria al darle relevancia a esta frase. Lo que tendrá que ser, será. No me preocupaba que tal vez un hombre viejo y gastado como yo, fuera presa fácil para lo que estaba acechando al mundo entero sin precedentes, lo que verdaderamente me preocupó era lo que mi

hija me estaba comentando tan afligida.

—Últimamente no ha querido salir de su habitación, no tiene ánimos para nada, con decirte que la maestra se comunicó conmigo diciéndome que casi no asistía a sus clases virtuales —dejó salir un suspiro— traté de hablar con ella pero es como si todo le dé absolutamente igual.

—Ya veo —dije tomando un sorbo de mi café.

Zorie, mi nieta, era una jovencita bella, inteligente y talentosa siempre que la veía me contagiaba su alegría, pero al parecer, la persona a la que se estaba refiriendo mi hija era otra totalmente diferente.

—Hija mía —dije tomando de su hombro— las palabras se las lleva el viento con facilidad, en cambio, cuando van acompañadas de hechos, todo queda aquí —coloqué mi mano sobre mi pecho— déjame a mí —concluí.

La adolescencia es un sube y baja de emociones, donde diseñas la dirección de las rutas que te llevarán hacia tus objetivos, te diviertes, conoces, disfrutas; con una pandemia se hacía un poco difícil direccionar esas rutas.

La cocina.

Ahí estaba ella, sentada con las manos apoyadas sobre la mesa y el café a su costado, sumergida en sus pensamientos.

—¿Todo bien por esa cabecita? —dije, dándole un beso en la frente

—Bien, supongo —dijo, regalándome una media sonrisa

—Los viejos como yo somos buenos para escuchar, sabes —dije tomando asiento, quedando frente a ella— a veces es necesario soltar lo que sentimos, porque con el tiempo se vuelve asfixiante.

Lo pensó un poco —Tal vez tengas razón... lo único que me asfixia en este momento es esto abuelo —dijo señalando alrededor— por primera vez en mi vida no puedo ver el futuro, mi futuro más allá de estas cuatro paredes, creía tener amigos, pero me equivoqué,

creía tener una vida social estable, pero todo es una farsa; ahora lo veo —bajó la mirada— duele chocar con la realidad.

La examiné unos minutos

—A veces la vida nos obliga a replantear nuestra existencia, Zorie —dije tomando sus manos— a dejar de escuchar el bullicio de allá afuera y prestar atención a la voz de nuestro interior que pide ser escuchado, la de la mente y el corazón.

Ella levantó la mirada y asintió, sabía que estaba tratando de comprender mis palabras y darle valor.

—¿Sabes quién dibujó esa pintura? —le dije cambiando repentinamente de tema, señalé un cuadro de ave colgado en el centro de la cocina.

—No tengo idea —dijo un poco intrigada

—¿Alguna vez te conté que cuando era joven no podía salir al campo sin llevarme conmigo una pequeña libreta y un lápiz, para plasmar por lo menos un poco de todo lo que podían apreciar mis ojos?

—¡No me lo creo! —dijo sorprendida con una pisca de emoción en sus ojos.— ¡¿Por qué nunca me lo habías dicho abuelo?! .Siempre pensé que ese cuadro había salido de una de esas ferias en las que se suele ir mamá.

—Estaba esperando el momento —dije con una leve sonrisa en los labios- Ahora sabes de quien heredaste esa manera tuya de pintar y apreciar el arte de la manera en que lo haces.

—Gracias por contármelo abuelo —y una sonrisa le iluminó la cara.

—Ni hablar, tráeme un lienzo y un lápiz, tal vez todavía no he perdido el don —dije seguro.

—Quiero ver esto —dijo levantándose de su lugar y dirigiéndose a su cuarto con una emoción que pude notar en ella— ¡Ya vuelvo!
—finalizó.

Dibujar de vuelta era como volver a caminar por los caminos de mi pueblo natal, contemplando cada detalle del paisaje a lo lejos, recordaría todo eso y también le demostraría a mi nieta el significado de la vida.

Empecé a trazar líneas, de arriba a abajo, siguiendo mi instinto y dejándome llevar; podía notar lo concentrada que estaba ni nieta observando cada movimiento del lápiz.

—¡Está increíble! —dijo sorprendida

El dibujo era un tanto sencillo, se podía notar el horizonte que dividía el cielo de la tierra, una pradera lleno de maleza, junto a un riachuelo.

—Ahora te toca a ti —le dije mirándola de reojo— de ti depende que este cuadro quede realmente increíble.

Ella trajo sus pinturas junto con todo lo que iba a necesitar. Cuando iba a dar la primera pincelada le dije.

—Recuerda Zorie, tú eres dueña de ese pincel, sea lo que sea que sientas, se reflejara ahí.

Ella asintió

Cuando iba por la mitad, agarró un tubo de color negro y lo incorporó a su paleta de colores con intención de pintar el cielo.

—¿Negro? —le pregunte con incredulidad.

—Pues sí —dijo encogiéndose los hombros.

—No te dejes llevar por el contexto del dibujo, aunque ahí haya una luna no quiere decir que debas asumir que debas pintar un anochecer —hice una pausa— Zorie, tú decides como pintar ese cuadro, tal vez sea oscuro pero tú puedes darle verdadero color —tome otro pincel— vamos a hacerlo juntos.

—Vale

Juntos comenzamos a trazar pinceladas consiguiendo un

degradado con tonos claros y fríos, plasmando un verdadero y maravilloso atardecer.

—¿Nosotros hicimos esto? Nos quedó bellissimo abuelo, la verdad no se me había ocurrido mezclar de esa forma los colores —dijo mirando con orgullo la pintura.

—Así es mi niña, nosotros la hicimos —dije mirándola fijamente— quiero que nunca olvides este momento ni lo que te voy a decir Zorie.

—Aunque haya caos allá afuera, aunque todo parezca malo; nunca olvides que tú eres dueña del pincel con el cual pintas tu vida, y si tal vez todo se incline a que debas oscurecer el cielo, recuerda que hay muchos colores; sonríe, que tarde o temprano la vida te sonreirá; pinta, pinta con colores bonitos tu vida y no habrá espacio para colores oscuros.

Pude ver como su mirada se cristalizaba y una lagrima rodó por su mejilla

—Gracias abuelo, nunca olvidaré tus palabras.

La envolví en un abrazo —¿La firmamos? —le pregunte al fin

—Por supuesto.

Así fue como un cuadro cambio la perspectiva con la cual mi nieta veía la vida en medio de una epidemia mundial. No volvió a ser la misma, nadie volvió a ser el mismo de seguro, algunos se hundieron en la desesperación, otros tal vez, se dieron paso hacia la verdadera reflexión; pero yo tenía la seguridad de que ella lucharía por mantener una sonrisa a pesar de todo, no iba a estar para ser protagonista, pero siempre la acompañaría, siempre me encontraría en sus sueños y viviría en sus recuerdos, ya que yo también había sido víctima de lo inevitable.

5

TIEMPOS DIFÍCILES

Niza Luana Gómez de la Fuente Avalos

Hace exactamente seis meses volé a Exeter-Inglaterra, obtuve una beca deportiva completa por parte de la University of Exeter junto a otros dos jóvenes que también obtuvieron becas en esta universidad. En Paraguay, lugar al que llamo hogar, me esperan mi familia y mis amigos. Fue muy difícil separarme de todos ellos ya que nunca había salido del país anteriormente, por lo tanto, además de la preocupación de mis seres queridos, nunca había estado tan lejos de casa.

Mi vida aquí me fascina, he conocido personas excepcionales y bastante diferentes a las personas de mi país, con diferentes pensamientos, opiniones, costumbres y una variedad de ideas. Mis estudios van muy bien y me gusta el ambiente de esta ciudad. Todo va de maravilla hasta que recibo una llamada de mi madre, me cuenta que la mamá y el papá de Thiago, mi mejor amigo desde los seis años, están enfermos y al parecer no van mejorando. De inmediato me comuniqué con él y le pregunté todo, él me explicó que no quería que me preocupara y que eso interfiera con mis estudios y demás, me dijo que la enfermedad que tenían sus padres se conoce como COVID-19, aquí en Inglaterra ya he escuchado de esta enfermedad, pero muy superficialmente, le dije que no se preocupe, seguro que dentro de poco se iban a mejorar.

Con el tiempo, iban apareciendo más y más noticias de esta

enfermedad, cada vez había más personas contagiadas y en el lugar donde se inició todo, iban muriendo gente en masas. De a poco todo iba empeorando, hasta que para mí, todo paró, recibo una llamada devastadora, era Thiago, sus padres habían fallecido, no sabía que decirle o cómo actuar, solo sabía que debía estar ahí para él. Ya que las clases en mi universidad se habían pausado por órdenes del gobierno en todo el mundo, aproveché para viajar de vuelta a Paraguay para poder asistir al velorio de sus padres, y por supuesto estar con él, acompañarlo lo más que pueda.

Al llegar al aeropuerto, estaban todos mis seres queridos esperando muy ansiosos, al verlos, fui corriendo y abracé a todos y cada uno de ellos. Cuando vi a Thiago, estaba feliz, tenía una sonrisa en el rostro, pero estaba apagado, parecía agotado, y se notaba el dolor en él. Lo único que hice fue ir y darle un fuerte abrazo, sabía que lo necesitaba más que nadie, después de unos segundos rompe en llanto, fue una sensación que nunca voy a olvidar. Se había convertido en parte de mi familia después de tantos años y era horrible verlo sufrir de esa manera. Deseaba poder hacer algo para que ya no sufriera más, quitarle el dolor de alguna manera, pero no era posible. Cayeron algunas lágrimas de mi parte, pero a pesar de que también estaba muy dolida con la pérdida de sus padres, ya que se habían convertido en una segunda familia para mí, quería estar para él, quería que sepa que podía recostarse y dejar caer en mi hombro, entonces no podía estar igual de destrozada que él.

En los días siguientes, después de que todo el proceso fúnebre acabó, aún estábamos todos en duelo, pero trataba de animar a Thiago, era como un hermano para mí y verlo triste era lo último que quería. Estábamos viendo las noticias cuando anuncian que todos los aeropuertos permanecerán cerrados, nadie entra y nadie sale del país. Fue algo sumamente inesperado, mi vida ahora se encontraba en Inglaterra, tenía que volver, pero por suerte las clases seguían en pausa hasta nuevo aviso, entonces no me preocupé demasiado, decidí enfocarme en asegurar que Thiago esté bien la mayor parte del tiempo.

Al paso de unas semanas, él había cambiado, adquiriendo una especie de protección para sí mismo, un mecanismo de defensa.

Estaba evitando completamente hablar, discutir e inclusive pensar en lo que pasó, actuaba como que no le importaba nada y solo quería divertirse. A pesar de que no me parecía la mejor decisión, no me oponía, últimamente cuando alguien no estaba de acuerdo con sus decisiones él adoptaba una posición en la que le decía a la otra persona, que no respetaba su duelo, que era la forma en la que él quería hacerlo y que eso no le importaba a esa persona, se había peleado por esa razón con varias personas en las semanas que pasaron, y yo no quería ser una de ellas.

Obviamente, todo tipo de reuniones estaban prohibidas, porque era aglomeración y eso aumentaba la probabilidad de contagio, inclusive si todos usaban tapabocas. Pero Thiago insistía en salir, y que yo fuera con él, mi familia y amigos me decían que no vaya y que lo convenza de no hacerlo, y yo lo intentaba, pero cuando sentía que a lo único que llegaríamos es una pelea, cedía y salía con él, no siempre lo acompañaba pero últimamente tomaba decisiones erradas, por lo que iba con él cada tanto.

Llegaba semana santa, y como de costumbre, yo voy a la casa de mis abuelos en el interior, me estaba preparando para eso. Era el sábado antes del Domingo de Ramos, me disponía a dormir cuando mi celular suonó, atendí y era Thiago, me dijo que había una fiesta en la casa de un conocido y me pidió que fuera con él, le dije que al día siguiente tenía que ir al interior por lo que no podía, pero de nuevo se puso en esa posición en la que decía que no le daba importancia a lo que él necesitaba hacer para distraerse y que yo no era la persona que él recordaba, por supuesto no quería que piense o diga eso, entonces accedí una vez más y fui con él.

Al día siguiente, me levanté con un fuerte dolor de cabeza, pero como salí la noche anterior y dormí poco, solo tome una aspirina y me dispuse a ir a la casa de mis abuelos. Cuando llegué vi a mi abuelo barriendo la vereda de su casa, estacioné y salí del auto, cuando me vio se dibujó una enorme sonrisa en su rostro y abrió sus brazos para que fuera directo a ellos. Me dijo que la abuela viajó a casa de mi tía a cuidar de mis primos más pequeños debido a que ella tenía una conferencia que dar y no tenía con quien dejar a los niños, que volvería el miércoles para unirse a nosotros,

asentí y me pidió que le cuente todo sobre mi vida en Inglaterra y me dispuse a hacerlo. Pasó muy rápido el día y me sentía muy agotada, entonces, al término de la cena le dije al abuelo si no le molestaba que fuera a recostarme temprano, me dijo que vaya y descansara todo lo que necesite, entonces fui y al segundo que me recosté caí dormida.

Cuando desperté, sentí un fuerte dolor de garganta, junto con el mismo dolor de cabeza de ayer, que por cierto, la aspirina no hizo efecto. Me cepillé los dientes, me vestí y fui a saludar al abuelo, estaba afuera y al lado de él, una mesita con una taza de té, le dije que no me había esperado para desayunar en forma de broma, y me dijo que se levantó con mucha tos y dolor de garganta entonces tomó ese té que la abuela le preparaba siempre que se levantaba con molestias en la garganta, pero que su día no empieza hasta que toma su taza de café caliente, entonces fuimos y preparamos nuestro desayuno y volvimos afuera. Le conté que yo también había amanecido igual, con excepción de la tos, me dio un remedio y salimos a pasear a su perro, pasamos por una plaza y recorrimos el vecindario mientras conversábamos.

Al volver a la casa me dijo que necesitaba recostarse, no se sentía bien, el té no le hizo efecto, dijo en forma burlona y además estaba muy cansado. Le dije que no había ningún problema, que me avisara cualquier cosa. Empecé a preocuparme porque no había parado de toser en toda la mañana y le notaba muy cansado, lo cual no era muy común en él, siempre tenía mucha energía. Y en cuanto a mí, comencé a sentir dolores en los músculos, y trate de hacer memoria cuando había hecho alguna actividad que trajera como consecuencia los dolores, pero nada vino a mi mente, solo la caminata que hice hoy con el abuelo, pero no habíamos caminado mucho. No le di tanta importancia de igual manera.

Abrí los ojos, no me había dado cuenta de que me había dormido, miré la hora y eran las 3 de la tarde, no había siquiera almorzado. Me levanté y fui a buscar al abuelo, no estaba en ningún lado, por lo que supuse que estaría aún en su habitación, le encontré tapado hasta el cuello pero estaba sudando. Toque su frente y estaba muy caliente, le desperté suavemente y le pregunte si se sentía bien,

me dijo que sí, solo necesitaba descansar un poco. Le expliqué que había dormido casi cuatro horas y que tenía fiebre, a lo que me respondió que eran cosas de la edad, que no me preocupara. Traje unos paños húmedos, los coloqué en su frente y le di un ibuprofeno, se negó a tomarlo, volvió a decir que de seguro no era nada, que no me preocupe, en lo que tocan el timbre, fui a ver y era una señora que vendía cosas dulces, me dijo que eran los dulces favoritos de la abuela, entonces compré dos para cuando volviera. Al volver con el abuelo, me pidió que le deje descansar y que vaya a comer algo, asentí y salí.

Al paso de la tarde noche empecé a sentirme verdaderamente mal, el abuelo había salido de la pieza unas pocas veces pero volvía para seguir recostado, se sentía muy agotado, tenía la repetitiva tos acompañada con algunos dolores. Fui a verlo para ver si no necesitaba nada, me dijo que no y le pregunté si no quería ir al médico, no lucía bien, me dijo que no, que deje de preocuparme, yo insistí y me prometió que si al día siguiente seguía mal, iríamos, entonces accedí y le deje descansar. Como tampoco me sentía muy bien, después de llevarle la cena y compartir un rato con él me acosté y dormí.

Me despertó un grito, salté de la cama y volé al cuarto de mi abuelo, había gritado mi nombre porque no podía ponerse de pie, había empeorado muchísimo durante la noche, no dudé ni le pregunté si quería, llamé una ambulancia de inmediato. Luego de hacerle unos estudios al abuelo me pidieron que yo también me los haga, solo accedí y me pidieron que aguarde en una sala. Había una camilla, una ventana grande que daba al pasillo y al lado la puerta, era bastante angosta, creo que dentro mío ya sabía lo que sucedía, pero trataba de evitarlo al cien por ciento.

Entra una doctora a la sala donde me encuentro, estaba vestida de pies a cabeza con un traje azul que solo dejaba a la vista sus ojos detrás de una mascarilla transparente, no voy a mentir, eso me aterró. Me pidió que me recostara en la camilla y extienda mi brazo, le pregunte que sucedía, se quedó en silencio unos segundos, y continuó diciendo, “señorita, ha dado positivo a la prueba del COVID-19”, miró hacia abajo, “al igual que su abuelo”.

Quedé muda al escucharlo, y de inmediato sentí una tremenda culpa, sabía que yo había puesto al abuelo en esta situación. Sin pensar un segundo, le dije a la doctora que necesitaba verlo, me dijo que no era posible, traté de explicarle, pero no aflojaba ni medio centímetro, pero yo necesitaba verlo, necesitaba ver como estaba, necesitaba disculparme. Esperé un momento donde estaba, bajó la guardia y salí de un salto por la puerta, era un pasillo largo y cada 10 metros había dos puertas de cada lado, empecé a correr, buscaba en cada ventana a mi abuelo, detrás de mí venían enfermeros gritando que parara, que solo iba a empeorar la situación, no me importaba, tenía que ver a mi abuelo, y en una ventana lo veo, tenía una aguja en el brazo, un respirador, y una máquina que marcaba su pulso, su apariencia era impactante, se veía lo enfermo que estaba, atropellé la puerta, me miró y sonrió, estallé en llanto y le pedí perdón, me tomó de la mano e hizo un gesto con la cabeza de que no me preocupara y me dio una sonrisa que se esforzó por hacer. Llegaron los enfermeros y mientras me sacaban a las fuerzas de vuelta a mi habitación, escuché un ruido de la máquina que marca el pulso conectada a mi abuelo, era agudo e infinito, sabía lo que significaba, grité, no podía parar de llorar, forcejeaba con los enfermeros, luchaba con todas mis fuerzas, y de pronto sentí un pinchazo en el hombro y todo se vio nublado hasta quedar en negro.

Desperté y me acorde de todo, entró la doctora, intenté hablar y no me salían las palabras, me explicó que estaba débil, que no intentara hablar ni hacer esfuerzos, dijo que alguien vino a verme, pero no la podían dejar pasar, miró hacia la ventana del corredor, yo hice lo mismo, vi a mi abuela, tenía lágrimas en las mejillas y puso una mano en el vidrio, asintió con la cabeza, cayeron lágrimas de mis ojos y ya no luché, me dejé caer totalmente en la camilla.

Luego de dos meses, me dieron de alta, salí del hospital y fui a casa. Allí me esperaba mi familia, no podían ir a verme, no estaba permitido, a la última persona que vi fue a mi abuela, luego nadie más durante dos largos meses. Todos me preguntaban si estaba bien, como me sentía, algunos me daban palabras de aliento, pero no hice mucho caso, miré a la abuela y le pedí perdón por mi

abuelo, me dijo que nadie me culpaba y que yo no debía hacerlo tampoco, me limité a solo mantenerme en silencio.

Pasó el tiempo, todas las cosas, de a poco volvían a la normalidad, la gente era mucho más consiente, más considerada. Las fronteras y aeropuertos abrieron, pero no volví a Inglaterra, no me sentía bien como para volver, la verdad, aún no podía. Me llegaron avisos de que debía volver porque corría el riesgo de perder la beca, era consiente, pero no podía hacerlo.

Con el tiempo, de a poco fui mejorando, sabía que debía volver, no podía quedarme estancada allí, fue muy duro todo lo que pasó, y dejó muy feas consecuencias con las que el resto de mi vida tendría que lidiar, pero no tenía que ser el fin, tenía que ser fuerte, me tenía que poner de pie y seguir. Lograr mis metas, terminar la universidad y trabajar en lo que me apasionaba.

Llegó el último aviso de la universidad, si no volvía en este mes, perdía mi beca. Por más duro que seguía siendo, tomé la decisión de no darme por vencida y volver. Me preparé, empaqué mis cosas, me despedí de mis amigos y familia. A causa de lo sucedido me había peleado con Thiago, mi mejor amigo, decidí que era hora de arreglar las cosas, dejarlas como estaban no solucionaría ni cambiaría nada, me reuní con él a tomar un café, conversamos mucho, dijimos todo lo que teníamos que decir el uno al otro y volví a la casa.

Llegó el día de partir, de nuevo allí en el aeropuerto todos mis seres queridos que un día me recibieron, me estaban despidiendo de vuelta, los abracé, me dieron mucha fuerza, aliento y suerte. Ya en el avión, recordé todo lo que pasó desde la llamada que me hizo mi madre, todo lo que pasó desde entonces y vi donde estaba ahora, respire profundo y me enfoqué en el viaje. Al llegar, vi a esos amigos excepcionales que hice en Inglaterra, me recibieron con un fuerte abrazo y me alegré mucho de volver a verlos.

Estaba sentada en el pasto del campus de la universidad de Exeter, el día estaba soleado, podía sentir el calor del sol en mi rostro, el aire no era espeso, era tan ligero como una pluma, veía a unos pájaros volando y cantando juntos, a mi lado estaban mis

amigos, estábamos almorzando, contando anécdotas y riéndonos a carcajadas, pasando un buen rato para luego volver a las clases. Me detuve un instante y miré a mi alrededor, presté atención a todos los detalles que me rodeaban, no pensé volver a sentirme así, volver a reírme hasta que salgan lágrimas de mis ojos, a sentir ese dolor de panza de tanto reír, a disfrutar los pequeños placeres de la vida, a gozar y apreciar de buena compañía y de los pequeños momentos, estaba plena, me volví a enamorar de la vida, todo lo que pasó me trajo a este preciso momento, me hizo apreciar de una manera diferente todas las cosas que me rodean, me hizo aprender que a pesar de todo, uno puede ser feliz y sonreír a la vida, me hizo ser quien soy hoy y estar donde estoy, y la verdad, si me dieran la oportunidad de cambiar una sola cosa del pasado, las dejaría tal cual y como están.

6

OBRA DEL TIEMPO

José Nilton Azuaga Markovics

Monótono. Uniforme. Rutinario. Qué palabras tan perfectas para describir este tiempo tan imperfecto, aun así describen mi estado de vida. El tiempo pasa en mi deslucido reloj perfectamente colgado en la pared de adobe, un tanto mal pintada, pero a quién miento, hace mucho perdí la percepción de lo que es. Paso mis días sentado en este viejo sillón mientras el mundo se deteriora a mi alrededor. Han pasado 1 año, 4 meses y 19 días desde que esta condena empezó y no encuentro forma de escapar luego de múltiples intentos fallidos. De tanto en tanto recobro lo que es real, una vez al mes, cuando ya nadie tiene para comer, viene el jovencito alto e ingenioso a tocar mi puerta, en sus manos, los remedios de todos los días, no podemos hablar, pero esa conexión de ojos es lo único que me mantiene cuerdo. El pobre, seguro ni sabe lo mucho que anhelo poder hablar con él, de cualquier cosa, hasta algo tan simple como el clima. Algo que antes parecía tan redundante y tan tedioso, pero ahora todos lo queremos.

A mis padres ya ni los quiero ver, todos los días son conflictos y peleas. La tensión en el aire nos consume, nos come por dentro... poco a poco. Hace meses no sostengo un pincel en mi vieja y temblorosa mano, todo lo que produzco es depresivo y sobre la cuarentena interminable. Más de 2 millones de muertes en el

mundo y parece ser que no hay escapatoria. Este estado de ánimo lo vendería por menos de 1 euro. Mis manos se vuelven frías y el perder sentimiento ya se volvió algo rutinario, es hora de dormir pero apenas son las 7 de la tarde. Camino lentamente hacia mi cama bien tendida pero descolorida. En la pared hay un viejo cuadro una vez pintado por mí, cuando todavía existía por lo menos un gramo de inspiración en mis venas. Este representaba una ventana con las palabras “Cada uno en su cama y Dios en la de todos”. Los ojos se me hacen pesados leyendo esa frase, no tengo sueño pero el cansancio me abraza, adentrándose en mí. Me despierto de repente, rápidamente mirando el reloj a mi lado, son las 1:56 PM. No había escuchado mi alarma, nuevamente.

Camino hacia mi estudio como de costumbre, sin finalidad propia, solo para sentarme ahí todo el bendito día sin hacer nada. Levanto mis dos piernas con una cierta dificultad desconocida. Me detengo para recobrar el aire, de reojo pude observar una figura borrosa volando por mi sala. Con rapidez, busco mis anteojos en mi pantalón estropeado, al colocarlos en mi nariz, logro conseguir una imagen más clara de aquello moviéndose tan deliberadamente. “Una mariposa azul” dije dentro de mí “La limpiadora habrá dejado la ventana abierta”. Ignoré al pequeño insecto dejándolo recorrer las desoladas esquinas de los sofás y muebles. Seguí mi recorrido rutinario, sacando las llaves que seguidamente se cayeron al suelo, estiré mi mano para recogerlas, pero algo me detuvo. Esa bella mariposa tan libre se situaba arriba de estas, levantándose poco a poco. Sacudí mi cabeza y esta imagen había desaparecido, las llaves estaban en el suelo como antes, como si este escenario nunca hubiera ocurrido. Me toque mi arrugada frente pensando “¿he tomado mis remedios anoche?”, borrando este imprevisto continúe como si nada.

Lentamente busqué la llave dorada entre todos los grises, solo para encontrar que la puerta ya estaba entreabierta. “Esto es imposible, la he llaveado ayer, lo recuerdo muy bien” dije fuertemente, me armé de valor para abrir la puerta lentamente. Para mi sorpresa, no hubo ningún cambio. Pensando que esto fue una equivocación mía e ignorándola me saque los Anteojos, dejándolos en la mesa

con tablas de números marcando el número 506 en total. Reposando mi mano en el escritorio, acariciando la foto de mis hijos, sonó el timbre de la casa. “¡Debe ser el repartidor!” exclamé. Me levanté rápidamente, algo no muy recomendado a mi edad, para ir a abrir la puerta. Ahí parado estaba el joven “¡Buenos días Joven!” le dije, “Buenos días Don Richter, ¿qué tal su día?” me contestó. Le respondí con una sonrisa porque ambos sabemos que eso no se quiere contestar. Agarro rápidamente el periódico, dándome la vuelta para despedirme del joven con la mano como siempre hago, solo que hoy él no estaba ahí.

Mi cara cambió completamente, aunque esto no se podría notar debido a la mascarilla de tela con diseño de ñanduti que me había dado mi nieta hace 508 días. Mil preguntas dando vueltas alrededor de mi cabeza de por qué el joven se había ido, comenté dentro de mí “acaso se había olvidado de nuestra tradición luego de tanto tiempo?”. Volví a entrar con un humor arruinado para todo el día que casi tiro los papeles de información falsa en mi mano. De vuelta en el estudio decidí revisar la hora. “Son las 4:38 AM, espera ¿qué?” dije a los 4 muros del estudio. Después de analizar la situación, dije dentro de mí quejándome “Se han acabado las pilas del reloj otra vez”. Mi cordura parece todavía funcionar ya que recordé.. las baterías que guardaba en el cajón. Suspirando bajé el reloj perfectamente colgado, dándolo vuelta y retirando el sitio donde van las baterías. Solté el objeto con una cara de sorprendido y un gran salto. De los lugares en el cual van las pilas salieron 4 mariposas azules sin ningún rasguño. Todo esto parece un sueño, “¿Quién en su sano juicio pondría esas mariposas ahí?” dije con confianza, pero dentro estaba atemorizado. Las mariposas volaban en círculos como si fuera ensayado y cayeron exactamente en el periódico donde va la fecha. Por miedo a acercarme, decidí poner las pilas rápidamente en el lugar indicado y colgué el reloj nuevamente en su lugar, pero esta vez un poco torcido, no tenía tiempo para mi perfeccionismo.

Cerré mis ojos por un momento, suspirando, preguntándome, por qué me estaban sucediendo estas cosas tan extrañas en un día tan ordinario. Me acerqué a las mariposas que pausadamente movían

sus alas. Parecía que me llamaban hacia ellas, hipnotizándome con sus colores hermosos y felices. Las moví de las hojas para ver la fecha que debiera ser 31/07/2021. Sentí escalofríos pasar por mi columna, los pelos se me pararon al ver la fecha: 07/10/1983. Me quedé paralizado, me costaba respirar. “Podría ser un error en la imprenta...” me dije tratando de calmarme. Pero lo que vería luego que confirmaría lo que temía. Antes de poder leer la primera palabra de la portada escuche un ligero movimiento en la pared. El reloj volvió a su lugar tan perfecto y las manecillas volviéndose locas. Rápidamente corrí hacia la puerta, pero estaba llaveada. Inmediatamente fui a ver la portada en la que se vería reflejado lo siguiente: “El artista Sergey Richter terminó su primera obra, siendo una sensación internacional. El popular artista se basa en obras de Enrique Careaga. El bizarro cuadro captó la atención de muchos críticos e inversores, si bien el artista se negó a venderla”.

Sentí una fuerza extraña consumirme, controlándome. Me levanté involuntariamente, casi levitando hacia mis pinceles. Agresivamente agarré muchos colores y pinceles, pasándolos rápidamente por el lienzo. Poco a poco se iba desarrollando una imagen. Era una réplica exacta del cuadro del que se habla en la portada. Esto era imposible, había tratado múltiples veces replicar la obra pero era irrealizable. Sentí como volvía a incorporar en mi propio cuento, miro la obra con admiración, recordando tiempos de fama y libertad. Al pasar mi mano por la obra veía como estas se unían, succionándose a una dimensión desconocida, mostrándome las etapas de mi vida y una escalera celestial que parecía casi infinita. Empecé a subir, cansándome más y más tratando de llegar a la cima. Pero cuando estaba a un paso de llegar, sentí como una fuerza me empujó hacia atrás, perdiendo el balance por completo. En la bajada veía a mi familia llorando, mis padres, hijos, nietos hasta el joven repartidor. Aparecí de vuelta en mi estudio, lleno de mariposas azules, pero nada había cambiado. La cuarentena todavía estaba ahí, pero yo había encontrado una escapatoria. El arte. Mi pasión en la vida, luego de muchos meses, volvió a sonreír.

Volví a la cama agradeciendo de tener a Dios en mi cama un día más. Pero decidí cambiar esta frase que yacía ahí por muchos

años. “Alguna vez todos tendremos alas”, con una mariposa azul de fondo. Convencido con mi trabajo me acosté en la cama, lentamente, cerrando los ojos, a esperar un día nuevo lleno de misterios.

7

LAZOS DE SANGRE

Karen Mena Garcete

Mi familia lo es todo para mí. Viví mi primera infancia en un pueblito. No hay mucho que decir de esos días, solo que todo lo que recuerdo, es que era muy feliz.

Lo que no me cabía en la cabeza era por qué todos los chicos del barrio tenían un abuelo y yo no tenía ninguno. De mi abuelo materno sabía que murió cuando mi madre tenía dieciséis, a raíz de una caída del caballo. No obstante, de mi abuelo paterno decían que había muerto de un infarto cuando yo tenía tres años, pero nunca me querían mostrar fotos suyas ni hablarme de él.

Lo cierto es que, siempre quise tener un abuelo que me consintiera. Un día navegando en las redes di con una fundación llamada "Un abuelo para Navidad". Esta se dedicaba a ayudar a ancianos desvalidos en asilos, que no tenían familiares y los voluntarios los adoptaban pasando las festividades con ellos, además de llevarles alimentos, ropas y calzados.

El primer día que fui se me partió el corazón, algunos de los abuelitos ni se acordaban de sus nombres, estaban como idos de la realidad y de pronto lo vi, vi a uno de ellos y me llamó poderosamente la atención. Este no parecía perdido del mundo sino parecía que estaba con más luces que yo con mis veintitrés años. Era tan raro ese hombre, estaba al frente de otros cuantos y les explicaba, como un profesor, doctrinas e ideologías a sus

compañeros, me quedé atónita porque decía que era médico y que había trabajado toda su vida haciendo experimentos que cambiarían el destino del hombre. En ese instante, me volví hacia atrás, pero notó mi presencia y me miró fijamente. De pronto, me dedicó una sonrisa y yo se la devolví, mas luego me deshice en carcajadas porque era imposible que alguien tan importante como él se decidiera terminar sus últimos días en un lugar así. Allí mismo decidí elegirlo a él como mi abuelo para las navidades.

Al instante que hablamos me sentí como si fuera alguien que conocía de toda la vida. Hasta yo misma pensaba que nos parecíamos, por una manía de acomodarnos el puente de la nariz, pero no era para menos, pasábamos todo el tiempo juntos y algo se nos pegaría del uno al otro.

A estas alturas, ningún desconocido pensaría que a mi abuelo Robert y a mí no nos unieran lazos de sangre, porque éramos inseparables.

Hasta que lo impensable pasó, una pandemia azotó el país y empezaron a morir personas de aquí para allá, se decía que los más afectados serían los ancianos y personas con enfermedades de base, se dictaría en pocas horas la cuarentena total e indefinida y no se podría salir más que una vez al mes para proveerse de comida y medicinas.

Lo primero que pensé fue que no podría ver al abuelo Robert ¿quién lo cuidaría? Entonces se me pasó la idea más loca de mi vida, le pedí al director del asilo que me deje llevarlo a mi casa para poder cuidarlo durante la cuarentena y para mi suerte sin más ni más me dejó traerlo.

Lo que menos me importaba era que mis padres se escandalicen por traer un desconocido a casa, ya vería yo como aplacarlos, pero no podría perder a mi abuelo, iba a protegerlo del virus ese que estaba dejando en jaque a todas las autoridades de salud.

A cada hora el virus se propagaba más y las noticias malas no cesaban, íbamos en mi coche rumbo a casa, de pronto, un bicho muy mal encarado entró por la ventana y el abuelo soltó un alarido.

Paré en el siguiente semáforo para ver cómo estaba la picadura y al examinar su cuello, vieron mis ojos lo que nunca esperaría.

El anciano Robert tenía una mancha con forma romboide de color café debajo mismo de la oreja izquierda y si hubiese sido una simple mancha sin forma no hubiera pasado nada, pero era ese rombo lo que haría la diferencia en mi vida y la suya.

Yo tenía una marca parecida, más bien idéntica y mi padre también la tenía, mi abuela decía que mi abuelo la tenía también y que era una marca de nacimiento heredada de él. Me quedé sin habla y tras el shock, decidí callar hasta llegar a casa.

En casa los confrontaría, porque si Robert en verdad era mi abuelo de sangre, nunca le perdonaría a mi padre que no me haya permitido convivir con él antes y, además, debía saber por qué él estaba en ese lugar como un errabundo cuando tenía dos hijos y una nieta.

Al entrar por la puerta mi padre corrió junto a mí, diciéndome qué estaba haciendo, puesto que en horas entraría en vigencia el toque de queda total. En las últimas horas se habían triplicado los contagios y el virus estaba mutando siendo instantáneamente mortal para algunos. Pero al verlo a él se quedó en el aire.

Mi padre se quedó con la expresión más fría que nunca haya visto en su rostro. No podía ser de otra manera, mis sospechas eran verdad. Ellos eran familia. Y de pronto, vino un flashback a mi cabeza –eres igual a tu padre y seguro serás brillante como tu abuelo, –dijo mi padre y tal vez habría tenido unos cinco años por eso no lo recordaba hasta ahora.

Salí de mi recuerdo abruptamente, cuando sentí que mi padre se abalanzó sobre Robert, mi abuelo, y le dijo que todo lo que estaba pasando era su maldita culpa.

No entendí nada, quería entender, debía, así que di un grito que ni yo me esperaba, empecé a acusar con el dedo a mi padre y corrí hacia el lugar de mi abuelo.

Papá dijo que el abuelo era un criminal nazi que se refugió en

Paraguay para continuar unos estudios de armas biológicas, que era un médico brillante y que cuando conoció a la abuela en una fiesta patronal decidió dejarlo todo por ella y volverse un hombre de familia, cambiándose su nombre para que sus jefes del Tercer Reich no lo encontraran y pudiera hacer una vida normal.

Pero que él mismo, cuando tenía mi edad y ya casado con mi madre descubrió que mi abuelo estaba colaborando con otros médicos para la creación de un virus que se contagiara en horas y que mataría a todos los enemigos del régimen. Y ese virus era el que ahora nos ponía en peligro de muerte a todos.

No podía creer, en un segundo mi abuelo recién encontrado pasaba de ser un héroe a un villano genocida. Debíamos escucharlo, yo quería saber toda la verdad de una vez por todas.

El abuelo dijo que él sí, cambió por amor, que se había apartado de esas investigaciones por la familia, pero que lo amenazaron con matar a esa misma familia y que por eso tuvo que volver. Papá no le creía nada, decía que si eres un asesino siempre lo serás y que por eso él volvió a lo mismo.

Aún más me dolió cuando dijo que lo hizo por mí ¿por qué? El abuelo dijo que sus excompañeros nazis le habían mandado una foto mía en el jardín de niños y que si no volvía con ellos me matarían. Así que decidió que sería mejor volver con ellos y dejó una nota a mi padre diciendo que volvería a su natal Alemania y que se olvidarán de él. Por lo que mi padre y mi abuela decidieron crearle una muerte falsa y quemaron todas sus fotos para que yo nunca supiera nada.

Ahora él estaba ahí, pidiéndonos una oportunidad y diciendo que ayudaría a crear la cura para el virus porque las investigaciones de él las habían continuado otros y podría salvar vidas antes que mueran más personas.

Él sólo pedía una cosa, que creyéramos en su palabra y que lo ayudáramos, puesto que mi padre era químico y yo misma estaba también estudiando medicina en el último año.

Después de horas de pensarlo, mi padre y yo decidimos hacer lo

correcto, relatar toda esta historia a las autoridades pertinentes. Comprometiéndonos también a ayudar a encontrar la cura.

Y, por sobre todo, perdonamos al abuelo, porque las segundas oportunidades existen y los lazos de sangre no se romperán jamás.



CAPOLA

Fátima Leticia Galeano Torales

Los niños salieron disparados de la sala, gritando casi al unísono:

—¡Rápido! Vengan a ver la tele...

Asustados, por la histeria de los chiquillos, en menos de dos segundos, estábamos de pie frente al televisor. Las noticias se inundaron de chinos degustando caldo de murciélagos: una enfermedad había brotado en la ciudad de Wuhan, y aparentemente, el mal provenía de esos monstruos que se abrían como pandorgas con sus alas membranosas y surcaban el aire en la más espesa oscuridad. Esa noche no la olvidaría, porque aprendí una gran lección de la mano del batiburrillo. O, mejor dicho, aprendimos.

Los Torales están conformados, por los ocho hijos de una médica ñana, a la que apodan: “Capola”, haciendo referencia a su capacidad para curar a recién nacidos y enfermos, imponiendo las manos, y de Don Leonardo Torales, ya difunto. Los ocho hijos de Ña Capola —cuatro hombres y cuatro mujeres—, habían formado familias numerosas, con una estructura idéntica: cada uno de sus retoños le había regalado cuatro nietos. Así que, la primera generación de nietos y nietas, estaba también casada, con niños a montones o en proceso de procreación. En cambio, en las famosas

juntadas del clan, la segunda generación de nietas, era todavía acompañada por sus novios... y algunos “recién llegados”.

Dentro de la familia corría el chisme de que, si alguien llegaba con pretensiones de una Torales, y pasaba la mano a la matriarca, tenía asegurado el camino al altar. De ahí que, aquellos que habían caído en las redes de la anciana, bromeaban con los “nuevos” y advertían que, bajo ningún concepto, pasaran la mano a la doña. El rito de Capola parecía inofensivo y se daba más o menos así:

Se sentaba en una mecedora de mimbre y aguardaba la llegada del nuevo enamorado. El pobre infeliz, desconociendo su destino, irrumpía en el patio de la casona e inmediatamente abría los ojos como búho en vigilia, espantado por la multitud. Se sentía engañado, pues la chica le había jurado que se trataba “solo de una cena familiar”. Al otro extremo, bajo el árbol de mango, Ña Capola entrecerraba los ojos en un intento de visualizar mejor a la presa de la nieta adorada.

La presentación iniciaba por una especie de orden jerárquico; primero los padres —el primer saludo era dirigido a la mamá—, después los tíos, y, por último, los primos. A los niños simplemente se les ignoraba. La chica seguía al muchacho fingiendo una actitud sumisa y al mismo tiempo recomendaba saludar a las tías, con besos en la mejilla —“para caer bien”—, después tomaba de la mano al indefenso y lo dirigía hacia el sillón de mimbre, que mecía las carnes arrugadas y rechonchas de la abuela. Capola se mostraba blanda y encantadora. No rechazaba los besos, sin embargo, se apuraba en extender la mano y apenas se rozaban, ella giraba la palma de la presa y con la mano izquierda daba un leve golpecito a la derecha. Durante ese acto, mantenía la sonrisa, y de prisa afirmaba en dirección a su nieta:

—Mi hija... ¡Qué lindo tu enamorado!

Por supuesto, el muchacho desconocía que con ese intercambio de manos, el asunto estaba prácticamente sellado. Todo el familión lo consideraba prácticamente casado. También solía rumorearse que, si la propuesta de boda se demoraba, Capola ponía de cabezas a su mejor amigo: San Antonio. La imagen de San Antonio,

al permanecer en esa incómoda posición en el nicho, no tardaba en hacer el “favorcito”.

En el clan Torales gobernaban las mujeres. De los ocho hijos de la doña, seis rodeaban la casona materna en la misma cuadra. Los dos sobrantes vivían a dos cuadras, porque el terreno no alcanzó para construir más casas. Los fines de semana la reunión era ley: sábados y domingos. Si se desocupaban antes, las reuniones empezaban los jueves.

Los veranos eran especiales; cuando los ingresos anuales eran buenos, el turismo interno en caravana estaba asegurado. El primer destino de la parentela era Caacupé. Ña Capola debía visitar a la virgen para agradecer la unidad entre sus hijos y el “buen ojo” de sus nietas. Estaba convencida de que, algún día — no muy lejano— “Los Torales”, serían reconocidos como un linaje respetable.

Los cumpleaños no admitían ausencias. Si alguno se ausentaba, no tardaba en enviar un recado a la abuela, justificándose. Las justificaciones que no estaban asociadas con alguna enfermedad tampoco eran admitidas. Si, por si acaso, alguien tenía la osadía de enviar un recado como: “no me siento bien de ánimos” o “hace mucho frío”, era la misma Capola quien se encargaba de enviar un auto en su búsqueda. Ese auto sólo podía regresar a la casona acompañado por el ingrato, o ingrata, que había cometido un pecado: el desplante a la familia.

Reunión...era sinónimo de discusión, porque todos los miembros del familión gustaban del debate. Aunque el debate estuviese muy lejos de la retórica socrática, porque gritaban y se interrumpían los unos a los otros. Para el colmo de males, todos creían ser dueños absolutos de la razón. Pero si la discusión frisaba la ofensa, se apuraban en aceptar que “nadie tenía razón”. De esa diplomática manera evitaban los estragos de la pelea.

Aquella noche, después de ver las noticias del caldo de murciélagos y con la tranquilidad que supone no toparse con llantos desgarrados, o chichones en las sienes, como suele suceder cuando hay un puñado de niños traviosos en un mismo

sitio, volvimos al jardín y nos embarcamos en un debate sin ton ni son, mientras aguardábamos que el batiburrillo esté listo.

Inició el debate la tía enfermera y dijo:

—Esto... es peligros...

—No... no Betty —interrumpió el tío “Papi”—. Los chinos están muy avanzados.

—¿Quieren comer batiburrillo de murciélagos? —acotó Joel, en modo de broma.

—¡Qué raros son los chinos! —comentó la tía Sonia.

—Papá decía que los murciélagos son venenosos —acotó el tío Dioni.

—Los asiáticos suelen comer cosas extrañas. Todo el mundo sabe... —dijo mi madre.

—Suní se enojará con ustedes... —advirtió el tío Pituli, mirando a su esposa que tiene los ojos estirados debido a sus orígenes japoneses.

Ella no se metía en los debates. Sólo escuchaba, mientras las alargadas agujas de crochet bailaban entre sus dedos.

—Suní no es china. Es japonesa... —aclaró el tío Ortiz.

—Es lo mismo... —soltó mi madre.

—¿Y qué es batiburrillo? ¿Qué es? —preguntó el tío Papi, con actitud de profesor universitario.

—Un caldo nutritivo... —opinó el tío Pituli.

—No me estás diciendo qué es el batiburrillo —hizo una pausa para causar expectativas—. Son vísceras de la vaca, y no sabemos si la vaca está enferma, o si es sano come...

—Pero Papi... ¿cómo vas a comparar la vaca con los murciélagos? —interrumpió el tío Pituli.

—¡Ehhh! ¿Y por qué no? En la India no comen vacas y les

aseguro que les daría asco ver un caldo de las vísceras. Son las costumbres... y hay que respet...

Así se continuó el debate por más de una hora, hasta que Arsenio —un primo experimentado en la elaboración del manjar de vísceras— avisó que el batiburrillo estaba listo. Durante la cena, entre cada cucharada, todos despotricábamos contra los chinos. Los chinos son esto y son lo otro. No había tregua con los comentarios. Ninguno había dado la razón al tío Papi.

Esa noche, todos comimos hasta el hartazgo y nos retiramos con el estómago lleno de la casona de la abuela. Al día siguiente, hubo un desastre: casi todos los miembros de la familia —excepto la abuela Capola, los niños, y el tío Papi—, sentimos durante la madrugada un fuerte dolor en las tripas. Unos vomitaron hasta debilitarse. Otros malgastaron rollos y rollos de papel higiénico. Muchos culpaban a Arsenio, porque decían que no había limpiado bien los chinchulines... que el mondongo estaba verdoso... etcétera.

La abuela Capola, solo atinó a decir que nos lo merecíamos por juzgar una cultura sin conocerla... y que, al final de cuentas nadie sabía de dónde carajos provenía el virus.

Mi abuela es una mujer sabia y vigorosa, de ochenta y siete años. Sus ojos han visto y sus oídos han escuchado siete veces más de lo que su lengua ha pronunciado en toda su vida. Ella... aún sumergida en esta trágica pandemia, cree que existe un virus más mortífero, que amenaza al ser humano: una lengua —en movimiento— gangrenada por la ignorancia.

Desde el mes de marzo que Ña Capola se mece sola en su sillón de mimbre. Esperando que “Los Torales” la visiten e inunden la casona con gritos y risas, mientras el aroma de comida casera se dispersa por el aire. Ella mira a través de los cristales y no encuentra más que soledad. A veces, le parece divisar a sus bisnietos, arrancando los pétalos de las flores. Incluso, imagina que los escucha cuando vociferan: Me quiere. No me quiere...

La matriarca aguarda... arrugada, rechoncha y paciente, porque

sabe que este suceso pandémico le devolverá una descendencia más humana y menos ignorante.

Yo soy miembro del clan Torales y nunca he sentido una añoranza igual a los tiempos pasados y al amor infinito de una anciana letrada. Sin embargo, no puedo visitarla, porque hay una nueva ley en casa:

Nadie puede ver a la abuela... hasta que el coronavirus se haya ido.

9

MENTE EN CAUTIVERIO

Laura Mariángel Masloff Maciel

Hace mucho tiempo, en un mundo cada vez más lóbrego y tenebroso, existió un alma pura y soñadora. A una tierna edad, ella comprendió que la vida rara vez es justa, que las personas son mayormente egoístas y malas. Aceptó que las desilusiones son parte de la vida, se aferró a la bondad y a la esperanza, se refugió en las palabras, se alimentó de conocimiento, imaginó las posibilidades y vivió cientos de historias.

Entre tanto ruido y oscuridad, ella encontró paz y luz. Creó su propio mundo, de infinitos límites, colmándola con sus esperanzas y sueños, iluminando su propia oscuridad, protegiéndose de la tristeza y el dolor, en un habitat que se volvía cada vez más solitario e incierto.

El planeta entero se detuvo por una pandemia, la contaminación cesó, los animales se dejaron ver y las personas quedaron aisladas de todo contacto humano. Un mal imperceptible que siempre fue subestimado e ignorado, que no respeta edad, raza, religión, género ni estatus social, atacó la mente de la humanidad, la convirtió en esclava de sus sentimientos, prisioneros en sus propios cuerpos y víctimas de sus propias mentes; provocó una guerra incesante consigo misma. Se supone que, en el mundo, lo único de lo que debes estar seguro, es de ti mismo, pero, ¿qué pasa, si te traiciona tu propia mente?

Una sombra oscura, la misma que ella sintió, desde tan pequeña, se posó sobre todo el mundo.

Que error subestimar a la mente humana, esperar que todos sean perfectos, todo el tiempo. Estas enfermedades no se curan con una vacuna, algunos ni siquiera se curan, hay antidepresivos que ayudan a sobrellevar los síntomas, o superar la tristeza.

Ella convirtió su prisión en su salvación, muchos dirán que ella vivía en la fantasía, que debería enfrentar el mundo real, pero, ¿y si la fantasía es la realidad más poderosa que existe?, y si la realidad es muerte y la fantasía es vida, ¿cuál elegirías?, la vida o la muerte, la realidad o la fantasía, la prisión de tu cuerpo o la libertad de tu mente.

Ella eligió la vida y la fantasía, pero, sobre todo, eligió la libertad de su mente.

10

PEDRO

Luis Fernando Acevedo Trinidad

En mis sueños, el arrastre de la bolsa repleta de plástico se escucha tan nítidamente que despierto convencido de haber dejado encendido el televisor. La exactitud en su reproducción, cuando recuerdo el sonido, me hace pensar inmediatamente en la forma en la que los hilos que la forman son interrumpidos por las piedras. Los imagino, y la visión clara que tengo de ellos se para un momento cuando la resistencia que opone el suelo los termina rompiendo y forma un hoyo en la bolsa. Las botellas tocan el suelo y la tierra que cae de la misma dibuja una línea recta que traza el camino de Pedro. Él, como una manifestación absoluta de su hartazgo, deja escapar un silbido entre los dientes; exhala lentamente y el tiempo que le toma parece infinito.

Pido el café y me siento a la mesa. Es una de las pocas veces en las que presto atención a la combinación de colores, en los muebles y el detalle en los bordes de la pantalla de plasma colgada en la pared, el respaldo de las sillas plásticas y las patas de las mesas. La combinación es tan absurda. La mayoría de los objetos tienen un detalle marrón pardo. Con sorbos cortos bebo el café, pienso en mis sueños y recuerdo mi antiguo hogar, el vertedero Municipal.

En mis recuerdos, las vivencias de mi infancia se reproducen con un matiz ambarino. El matiz no representa nada más que la influencia un poco pretenciosa de algún filme que vi en el pasado.

Sin embargo, las escenas que se desarrollan se reproducen en mi mente con tanta exactitud, que podría visualizarlas retrospectivamente sin margen de error. Ahora que escribiré sobre ellas, me tienta la idea de crear un escenario en el que la puesta escénica se pause de súbito y un negro total se extienda desde el centro hasta abarcar la totalidad del cuadro. Ese fallo técnico que provoca la pausa (y el negro total) se llama coronavirus.

Corría el año 2020, marzo del 2020, para ser más exacto. Bajo de una de las colinas formadas por la basura tratada en el vertedero luego de escuchar que mi madre levantó la voz y anunció algo inaudible dada la distancia a la que me encontraba de la casa. Me gustaba llamarle colina a la basura compacta cubierta de pasto que se levantaba tan imponente sobre el nivel del suelo.

“Colina es una elevación grande de tierra”-Decía mi maestra de primaria, haciendo énfasis en la palabra “grande” y alargando la a. En secundaria aprendí que también es un apellido. Llegué a casa un poco ansioso y escuché con más claridad lo que estaba pasando: en la tele decían que un hombre que vino de Ecuador era el primer caso de coronavirus en Paraguay.

Hoy, cuando evoco el recuerdo de Brígida (mi mamá), la veo como una mujer estoica, por no decir indiferente, ante lo que ocurría en un entorno social. En la actualidad, encuentro demasiado lógica su personalidad, su apatía hacia lo que desconocía o no comprendía del todo. El día en que anunciaron la noticia, sin embargo, noté en ella cierto sobresalto al verla. Me animo a pensar que, dadas sus características psicológicas ya descritas, en realidad no fue un sobresalto, fue algo así como premonitorio.

Dentro del sistema de recolección y tratamiento de basura mi familia formaba parte de los últimos estratos. Un lector, bien adentrado en el contexto, intuirá que también formábamos parte de los últimos estratos de la sociedad. Formábamos parte del oficio de los gancheros, de los recicladores de basura. Básicamente, nos encargábamos de hurgar entre los desechos que dejaban los camiones. Los clasificábamos en plástico y vidrio, principalmente, ya que nos enfocábamos solo en aquellos materiales a los que

podíamos sacarle provecho. Éramos mi madre, Pedro y yo.

Cuando pienso en Pedro, lo visualizo con la monumental bolsa repleta de plástico que arrastraba siempre hasta llegar a casa. Odiaba el sonido que hacía su arrastre, no por sus características mismas sino porque indicaba un camino exhaustivo que él debía recorrer. Dada mi edad, en aquel entonces, no era de mucha ayuda así que imagino que mi molestia por ese sonido representaba la incipiente manifestación de mi empatía hacia él. En el trayecto prestaba atención a los detalles: sabía que a mitad de camino Pedro pararía para secarse el sudor de la frente y exhalar con ambos brazos puestos en la cintura y que pararíamos una vez más a pesar de lo cerca que estuviésemos de casa. Recuerdo que el número dos no solo indicaba las veces que parábamos, sino que Pedro contaba cada paso que daba de dos en dos y que mamá Brígida odiaba que hiciera una pausa entre cada palabra que pronunciaba. Pedro, imagino cuánto sufrías con los monosílabos. Cuando pienso en él, también recuerdo la única vez que paró 3 veces durante el trayecto. Y que no se levantó otra vez.

Su muerte no fue la primera en el país, pero sí en nuestro entorno. Como era de esperar, toda actividad se paró por varios días debido a que los sanitarios que llegaron después (con trajes de espanto) decían que podía haber otros infectados. Naturalmente, los otros infectados fuimos mi madre y yo y un hombre llamado Baltazar, no recuerdo mucho sobre él, pero asumo que su familia también enfermó.

Mi psicólogo, Mateo, me explicó hace unos meses que las experiencias traumáticas pueden generar pérdida de memoria. Amnesia disociativa, dijo. Mateo es muy joven, así que asumo que esa rara expresión facial que tenía cuando me lo dijo significaba que era la primera vez que se lo diagnosticaba a alguien. Su semblante idiota y casi victorioso posterior a su dictamen combinado con su apariencia tan juvenil me lo confirmó. El caso es que, después del fallecimiento de Pedro, no recuerdo nada más hasta el momento en el que llegamos a “la casa del fondo” de los Cuevas, donde mi madre trabajaría de empleada por cinco años.

Nunca se me olvida Pedro, mi hermano, ni la impresión que me generaba el colosal contraste entre la realidad de los Cuevas y la de Brígida y yo. Años después, mi madre me confesó que para conseguir el trabajo ocultó que ambos habíamos tenido el virus (aunque ya estuviéramos recuperados) y que su experiencia laboral previa, y única, era en el vertedero municipal.

El escritor apasionado, en respuesta a la avidez de su inspiración escribe capítulos enteros que reflejan su alma; yo, demasiado humano, lo hago como un capricho indigerible de mi memoria. Hoy, 30 años después, sentado a la mesa en esta cafetería, bebiendo mi café con sorbos cortos, odiando la combinación absurda entre las patas de las mesas y el televisor de plasma, pienso en Pedro, y el arrastre de su bolsa. Yo, tan afortunado, solo tengo que arrastrar su recuerdo.

11

MARTÍN Y LOS SIETEMESINOS

Alejandra Luján Zarza Mori

Cuentan los que vivieron, que en el año 2020, una enfermedad mortífera a la que nombraron “coronavirus” azotó al mundo entero.

En Paraguay, un pequeño país latinoamericano, vivía un joven llamado Martín. Todos los días Martín observaba el atardecer desde la ventana de su habitación esperando que la pandemia acabara de una vez por todas para por fin volver a ver a sus amigos. Pero también le preocupaba que su padre haya perdido su empleo, porque como si fuera poco, su abuelo cayó muy mal enfermo y los medicamentos eran muy costosos.

Un día al apreciar el ocaso llegó volando un tero tero y se posó en el marco de la ventana donde se encontraba Martín. Este lo vio extrañado, esas aves no acostumbraban a acercarse a las personas, pensó, hasta que el ave habló.

—¿Tú eres Martín? —Preguntó con una voz chillona.

—Así es. Ese es mi nombre. —Le contestó el jovencito pensando que la cuarentena ya le estaba afectando.

—Pues sígueme. No tenemos mucho tiempo. —Ordenó el tero tero para luego emprender el vuelo.

Martín salió de la casa sin ser visto y siguió al pájaro por la calzada

de la calle, después entraron al monte. Martín logró ver a lo lejos árboles siendo alumbrados por unos tenues matices anaranjados. Al acercarse, se percató de que era una pequeña fogata. Frente a esta se encontraba el chamán de alguna tribu.

—Me alegro de que hayas venido. —Dijo el hombre invitándolo a sentarse en uno de los troncos.

—El pájaro parlanchín dijo que era urgente.

—Ese pájaro parlanchín se llama Tero. Y te acompañará en tu misión.

—¿Misión? ¿De qué está hablando? —Preguntó Martín totalmente confundido.

—Tu misión será buscar a los sietemesinos y traerme estos objetos. —Le dijo el chamán, entregándole una hoja escrita. Martín la leyó y luego rió por el título “Infusión para inmunizarse ante el coronavirus”.

—Esto debe de ser una broma. Es más, si no lo fuera, no puedo ayudarte. Mi abuelo está muy enfermo. Mi mamá y yo somos los únicos que podemos cuidarlo. —Le comentó Martín.

—No te preocupes. Esto hará que tu abuelo se sienta mejor. Dile a tu mamá que se lo dé en forma de té. —Dijo el anciano tendiéndole una bolsita con hierbas medicinales.

—Bien. Le ayudaré. Pero debo volver a mi casa, pronto me buscarán para cenar.

—Vuelve mañana temprano. Y también busca algo para llegar más rápido. No pensarás ir a pie por todo el país, o... ¿sí?

—Veré que encuentro. —Dijo Martín retornando a su casa.

Al día siguiente Tero despertó a Martín con sus gritos. El joven se levantó, se preparó para salir con la excusa de que estaría unos días con el chamán y luego buscó la antigua moto de su abuelo para marcharse.

Primeramente subió al cerro Yaguarón para encontrarse con

el primero de los siete hermanos: Teju Jagua, quien le recibió amablemente.

—¿Qué te trae por aquí? —Le preguntó.

—Necesito una de sus lágrimas, señor. Es para preparar una infusión que hará a las personas inmunes ante el coronavirus.

—¿Me trajiste algo? —Interrogó el Teju Jagua.

—No, señor. No le traje ningún presente. —Confesó Martín.

—Si no me das nada a cambio no puedo darte mi lágrima. Pero hoy estoy de buen humor, así que si me preparas un rico postre te daré la lágrima.

Martín caminó por el cerro, algunos minutos pensando en qué podría prepararle al señor de las cavernas, hasta que vio una planta de bananas y arrancó algunas de estas. También encontró miel de abeja. Cortó las bananas en trocitos y las bañó con la miel.

Volvió con el Teju Jagua y le presentó el postre. La enorme criatura dijo que extrañaba probar manjares dulces y que debido a su gran tamaño le era imposible moverse. Le gustó tanto que le brindó muchas lágrimas.

Era momento de buscar al segundo hijo de Taú y Keraná: Mbói Tu'í. El jovencito conducía la moto preguntándose dónde podría encontrarse Mbói Tu'í, hasta que en un momento dado, escuchó unos potentes graznidos a lo lejos y vio a tres jóvenes salir corriendo. Martín y Tero acudieron rápidamente al lugar, un hermoso estero lleno de flores y animales. Allí estaba Mbói Tu'í, quien al ver a Martín lo miró con extrañeza, no estaba pisando sus flores ni persiguiendo a sus amigos animales.

—¿Qué estás buscando, viajero? —Le preguntó Mbói Tu'í.

—A usted, señor. Necesito su ayuda.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Una de sus plumas.

—No puedo darle una de mis plumas a cualquiera. Mejor ya

vete. —Dijo Mbói Tu'í—. De seguro eres uno de esos que quiere profanar mi hogar.

Al escuchar eso Martín entendió por qué Mbói Tu'í no dejaba que nadie se acercara al estero, así que decidió ayudarlo. En unos minutos trajo a algunas personas para decirles como se sentía la criatura. Los pobladores entendieron y se hicieron amigos de Mbói Tu'í, quien agradecido por su ayuda le dio la más brillante de sus plumas a Martín.

Seguidamente, Martín condujo hasta un descampado donde había solo un gran árbol, se sentó a su sombra junto al pájaro para descansar y sacó su celular para ver la hora. Pero de repente , alguien le había arrebatado el aparato. Miraron a todas direcciones y no vieron a nadie, hasta que bajó del árbol Moñái.

—¡No me miren!;Si me miran morirán! —Decía la criatura.

—Si me regalas una de tus escamas te daré algo para que ya no mates a los que te vean a los ojos. —Ofreció el joven.

— ¡Acepto!

En ese momento Martín sacó de su mochila unas gafas oscuras y se las regaló a Moñái. Éste, muy feliz, le dio la escama y le devolvió su celular.

Luego Martín se dirigió al maizal que le había indicado Moñái. Al llegar, encontró a un pequeño niño llorando. Éste le contó que ningún niño del pueblo quería jugar con él, pues le tenían miedo. Entonces Martín y Tero jugaron con él toda la tarde a cambio de uno de sus rubios y largos cabellos. Posterior a esto Jasy Jatere los llevó hasta su hermano Kurupí, quien también se encontraba algo triste porque ninguna mujer quería ser su esposa y llegaban a decir falsos rumores sobre él.

—Si te arreglas mejor puede que encuentres a alguna dama que quiera ser tu esposa. —Dijo Tero.

Kurupí aceptó los consejos del pájaro y como agradecimiento dijo que haría algo que ellos quisieran. Entonces Martín le pidió uno de sus negros y cortos cabellos. Kurupí se lo dio sin problema y

Martín se marchó.

Retornando a su misión, al volver hacia el maizal en donde había dejado la moto, repentinamente tuvo que correr, pues Ao Ao lo estaba persiguiendo y era muy rápido. Martín subió como pudo a un árbol de mbokaja. Al ver esto Ao Ao resignado a irse dijo: —Nadie quiere jugar conmigo...

En ese momento Martín bajó del árbol y jugó a las traes con Ao Ao por un rato, pero él siempre ganaba ya que era el más rápido. Como agradecimiento por haberse divertido tanto la criatura le obsequió un poco de su lana, justo lo que Martín necesitaba.

Finalmente fue a un cementerio cercano para buscar al último de los hermanos: Luisón. Como era martes, estaría en su forma de perro. Al verlo por la noche, Martín habló con él y le contó sobre el tema, este comprendió de inmediato.

—Necesito uno de tus bigotes. —Dijo Martín.

Luisón le dio permiso de cortarle un bigote y luego le ofreció quedarse a dormir con él en una acogedora cueva.

Al día siguiente Martín se encontró con un hombre de ropas rasgadas. Esta era la forma humana de Luisón y su nombre era Luís.

Luís acompañó a Martín de regreso con el chamán, quien los recibió con mucha alegría al ver que el joven había completado su misión. Le dio la noticia de que su abuelo había mejorado, esto alegró aún más a Martín.

Al final, la infusión que prepararon con los objetos y algunas hierbas medicinales resultó ser todo un éxito y con ayuda de los sietemesinos pudieron preparar más para distribuirla en todo el país. Meses después, el coronavirus ya no era problema para los habitantes. Todos regresaron a sus actividades, hasta el padre de Martín volvió a conseguir empleo.

Fin.

12

PLATA YVYGUY EN CUARENTENA

Ingrid Tamara Cabrera Ramírez

La pandemia continua y la enfermedad parece fortalecerse con el correr de los días. Marta acaba de perder el trabajo. Después de 10 años de arduo esfuerzo llega a casa con las manos vacías y la promesa de regresar cuando todo termine. Tres palabras fueron argumento suficiente para despedirla: recorte de personal. Al parecer, no necesitan a la limpiadora.

La casa en la que vive fue herencia de su madre, la difunta Sara González, quien sufría de esquizofrenia y terminó suicidándose. De su muerte hace ya 15 años. Marta apenas la recuerda, de vez en cuando, por obligación, día de la madre, su cumpleaños... Trata de no pensar en ella pues lo que le viene a la memoria son los días más difíciles de la enfermedad que la agobiaba y fue responsable de su deceso. No quiere admitirlo, pero su mayor miedo es acabar como su madre.

Piensa, piensa y piensa. ¿Qué hará? ¿cómo pagará sus deudas? ¿conseguirá un nuevo empleo? Las preguntas le pesan. No puede dormir. ¿Debió haber estudiado? La pregunta que se ha hecho desde los 20 años. Ahora ya cuenta con 30 primaveras sobre sus hombros cansados. Solo ella sabe todo lo que tuvo que hacer para

conseguir el pan de cada día. Se queda dormida después de unas horas.

Al día siguiente despierta agitada, un sudor frío le recorre el cuerpo. Soñó con su madre, “bajo la sombra del mango”, le repetía la difunta Sara González. Marta decide ignorarlo.

Pasa el día buscando un empleo, habla con los vecinos y con sus amigos. La respuesta es la misma en todos los lugares: “ahora está difícil la situación”. Es algo que ella ya sabe, sabe que la situación está difícil y sabe que empeorará. Las noticias no son alentadoras, cada día hay más casos.

Desanimada llega a su casa y se acuesta. Duerme escuchando el sonido de la lluvia. Vuelve a soñar con su madre, le repite una y otra vez las mismas palabras: “bajo la sombra del mango”. Pero al despertar no ignora lo que soñó, decide recordar, por primera vez, después de tanto tiempo, quiere recordar a su madre. En una ocasión Marta llegó del trabajo y encontró a su madre en la cocina, tirándolo todo, estaba buscando algo. Marta le preguntó qué era aquello que se esmeraba en encontrar y ella respondió: una pala.

—¡Mamá, la pala no está en la cocina, está en el depósito!
—respondió Marta —¿y para qué querés la pala? —continuó—. Su madre guardó silencio por unos segundos y le dijo: para sacar el oro, el oro hija, está bajo la sombra del mango, yo vi su luz, tenemos que apurarnos hija, traé la pala. Marta solo la calmó y le dio su medicamento.

—Tranquila mamá, todo va a estar bien. —le decía mientras la llevaba a dormir.

Ahora Marta está desconcertada, son las 00:00 horas de la madrugada, un golpe de curiosidad la asalta y decide ir a observar el árbol de mango que se encuentra en el patio trasero. No puede creer lo que están viendo sus ojos, una pequeña luz brillante ilumina la tierra donde está el árbol de mango.

—¿Qué es eso? —se pregunta—.

Aunque esté sorprendida y algo asustada, sabe que lo que está

viendo es real. Agarra una espátula de madera de la cocina y sale al patio con dirección al árbol, se moja de pies a cabeza, pero llega. Clava la espátula en el lugar señalado por la luz y de inmediato esta desaparece. Marta regresa a la casa, se seca y se mete de nuevo a la cama. No piensa en lo que acaba de pasar, solo intenta dormir y lo consigue.

Los primeros rayos del alba aparecen, el korochire canta su melodía matutina y Marta despierta relajada. Su semblante cambia repentinamente al recordar lo sucedido en la madrugada. Se apresura a comprobar si lo que pasó fue solo un sueño y ve la espátula clavada en la tierra. Busca la pala y se dirige al lugar indicado. Bajo la sombra del mango, piensa y comienza a cavar. Nunca antes había cavado con tanta energía, nunca antes había acumulado tanta esperanza. Después de media hora de cavar y cavar, la pala choca con un objeto.

—¿Será posible? —se dice a sí misma—. Un pequeño cofre negro se deja ver entre la tierra todavía húmeda. Marta hace un esfuerzo y consigue sacar el cofre, lo ve bien, lo observa, lo palpa, sus manos están cubiertas de tierra roja, pero eso no le importa, lo que quiere es abrir el cofre. Lo lleva al depósito, necesita abrir el candado, ella sabe cómo hacerlo, solo necesita un pedazo de alambre, ha hecho esto antes. Intenta una vez, otra vez y otra vez, pasan unos minutos hasta que lo consigue, el candado cedió.

Las palabras salieron con rapidez de su boca: gracias, mamá.

Marta respira aliviada, ya no tendrá que preocuparse.

13

CARTA A UN DIFUNTO

Andrés Sebastián Gutiérrez Gutiérrez

Un pitido constante se oyó desde la otra sala. El segundo muerto por Covid-19 del día. El Dr. González se acercó para ver quién había sido. Soltó un respiro con aires de tristeza al reconocer la cara de aquel hombre a quien solía visitar al menos dos veces por mes. Su tía le había encargado entregarle una carta cuando este fuera dado de alta, pero las circunstancias no fueron dadas. Se confirmó el deceso. Un personal ya se estaba encargando de cubrir los orificios con algodón impregnado en solución desinfectante. Más tarde, procedieron a envolver el cuerpo en tela antifluido, a colocarlo en la bolsa mortuoria y a desinfectar el exterior. Se estaba preparando el cuerpo para el traslado.

Media hora después, ya se realizó la confirmación del deceso a los familiares. El Dr. González pudo imaginar el dolo de su tía al enterarse. Tuvo miedo de las consecuencias que tales emociones fuertes pudieran causar en ella. Aún tenía la carta en su billetera.

Se prefirió que el cuerpo fuera cremado.

A pesar de las advertencias, fue hasta el crematorio para presenciarlo. Todavía tenía una tarea que hacer. Apreció el cajón en la entrada de la retorta, sellado. Un prisma de madera que contiene lo que fue alguna vez un hombre y ahora es un potencial peligro

para la salud de otros, por lo que se encuentra totalmente aislado. Antes de que se procediera a la cremación, solicitó unos minutos para leer en voz alta la carta que le había entregado su tía, que ahora estaba en su bolsillo:

«De tu querida amada

Hola, Miguel, ¿hace cuántos años que no nos mandamos cartas? Creo que hace 38. Cómo pasa el tiempo volando, ¿no? Ya son 40 días desde que te internaron. Habrían sido casi cinco décadas desde la última vez que estuvimos tanto tiempo separados, cuando estuvimos casi un año sin vernos, y no podías encontrarme porque me mudé de Posadas a Encarnación. Nadie sabía de nuestras escapadas para vernos antes de que me mudara. Nadie jamás tuvo fe en que vendrías detrás de mí cuando vine para este lado, pero eras demasiado terco para hacerle caso a cualquiera que te decía que eras un idiota por intentar buscarme. Nadie pensó que cruzarías el Río Paraná, con una bolsa llena de tus ropas y unas cuantas pertenencias solo para no separarte de mí. Eras un amor de persona, y lo seguiste siendo en los años que vinieron. La suerte fue de nuestro lado. Conseguiste trabajo como ayudante de mecánico para don Emeterio. ¿Te acordás aquella vez en la que salió a correrte amenazándote con una llave por enfrente de donde estaba el antiguo edificio del Correo, cuando descubrió que le estabas quitando a escondidas un guaraní por día? Me decías que pasaste miedo, pero las risas en el momento en que me la contabas no faltaban. Por suerte don Emeterio era una persona muy bondadosa, y te dejó volver a trabajar para él, pero siempre con un tercer ojo encima de vos. Qué rápido pasaron los años desde nuestra llegada a Encarnación hasta el día de nuestra boda, ¿no? Un día maravilloso estaba hecho. Mi tía Amelia había usado su cosecha de la temporada para abastecer a todos los invitados. La cantidad de comida era impresionante, y cómo te empachastaste con todo lo que comiste. Julio Cáceres, que en paz descanse, fue el alma de la fiesta. Cuando se subió encima de la mesa a cantar Malagueña de Los paraguayos y todos le comenzamos a hacer coro fue para mí el mejor final para una boda. Y después llegó

nuestra bendición de Dios, Carolina, que está viviendo conmigo desde que te internaron, seguro piensa que no me puedo valer sola por mi edad, pero yo me manejo perfectamente; aún así es siempre linda su compañía. Qué dolores de cabeza nos causó cuando era una bebé, ¿verdad? Ella se ríe y no me cree cuando le digo que vos pasabas toda la madrugada despierto, cuando ella dormía, se destapaba sola y le irritaba el fresco de la noche, y para que sus llantos no me despierten, vos sacrificabas tu sueño, y aún así ibas a trabajar. Nunca me voy a cansar de repetirte que eras un amor y amaba cómo dabas todo por aquellos a quienes apreciabas.

Casi no teníamos días de descanso, nuestra vida giró en torno al trabajo, y aunque cansador, verte llegar todos los días para prepararte tu cena de cocido con galleta de la panadería de doña Lidia y que me contaras lo aburrido que fue tu día, pero que termináramos riendo siempre y yendo a dormir con una sonrisa me llenaban de felicidad. Después de tantos años nos permitimos unas vacaciones en el verano del 2010. Cada uno pidió permiso de cinco días en su trabajo y fuimos a disfrutar los dos solos en una casita en el campo en Villa Florida, que se la pediste prestada a Mauro. ¡Ay! qué lindo que era el paisaje. Tus comidas eran riquísimas. Dábamos vergüenza a las otras personas cuando fuimos a la playa a orillas del Río Tebicuary, con nuestros trajes de baños. Dos vetustos jugando en el agua como si fueran adolescentes, pero cómo nos divertimos.

Anoche soñé contigo, estabas igual que el día de nuestra boda, con tu traje azul claro, tu corbata negra y tus mocasines café; viniste junto a mí y me abrazaste con todo tu amor, y entonces supe que era una despedida. No te podés imaginar los torrentes de lágrimas que solté cuando me levanté. Si seguía así, terminaba deshidratada. Siempre me decías que llorar por la muerte de alguien querido era un acto egoísta, porque significaba nuestro deseo de que se quedara para siempre junto a nosotros en lugar de enfrentar su destino frente a Dios, pero me doy una pequeña oportunidad para ser egoísta. Son tiempos difíciles, para todos, en general, no solo para mí o para Carolina o para Chichu o Diego,

pero vos siempre decías que no hay ser más terco que el ser humano, que si se aferra a conseguir algo no va a parar hasta conseguirlo, llueva o truene, ni con tornados ni huracanes, aunque le tiren una olla de aceite hirviendo a la cara. Tengo fe en que con la ayuda de Dios todopoderoso vamos a salir de todo este mal que nos acecha, y hombres como vos quedarán siempre en la memoria de los que quedamos acá, para decirle al mundo que no nos pudo tumbar, y que seguimos en pie, luchando por cada uno de nosotros, a pesar de los golpes duros. Le entregué esta carta a Josesito para que pueda dártela, la entregué con una intención esperanzadora, pero él no sabía que yo sabía tu destino. Sé que, de alguna manera, si Dios me permite este único deseo, vas a poder leer esta carta, y recordar cada momento que vivimos juntos, feliz o triste, bueno o malo, amargo o dulce, toda nuestra historia juntos, y que pueda mantenerte con esa sonrisa, que tanto amo, hasta nuestro reencuentro en el paraíso. Estoy feliz de que el cielo pueda tener a tan maravillosa persona a sus puertas.

Tu eterno amor»

El Dr. González, con los ojos húmedos, terminó de leer la carta con la voz quebrada. La cerró con delicadeza, suspiró hondo, cerró los ojos y esperó un minuto como forma de demostrar luto. Prosiguió a colocar la carta al lado del ataúd. Generalmente el encargado del crematorio no lo permitiría, pero conmovido por la historia, y luego de cerciorarse de que no representaría ningún inconveniente, dejó al doctor colocarla debajo.

Un suspiro más escapó de la nariz del Dr. González. Con la visera ya puesta, la mascarilla quirúrgica, el gorro cubriendo dos tercios de su rostro, y los ojos aún cristalinos por las lágrimas, el doctor regresó nuevamente a atender su labor.

14

EL JARDÍN DE LOS DESEOS

Rodrigo Daniel Espinoza Espínola

Era su necesidad la que robaba, no su educación.

Poco a poco, Sebastián fue detallando la lista de cosas prestadas: De Don Pedro, el betún para lustrar zapatos; de María, la hija de Doña Lucinda, dos hogazas de pan; del alemán de la esquina (cuyo nombre juzgó impronunciable), diecisiete semillas y un puñado de arroz. Resolvió que, cuando acabara la cuarentena, los deleitaría con alguna que otra melodía, y así, quizá, podría dormir tranquilo otra vez.

O tan tranquilo como podía permitirle el hambre.

Su papá, el carpintero del barrio, no conseguía trabajo por ninguna parte y sus pocos clientes no podían ser fieles ni a sus propias cuentas. Sebastián tampoco tenía más éxito como lustrabotas, por lo que no les quedaba de otra que seguir agregándole agua a la sopa y saltarse comidas aquí y allá. El frío, por su parte, no daba tregua a los viejos harapos que, si su cáncer le hubiera dado respiro, le habría remendado su mamá. En su bolsillo, como para mantener el calor, el chico apretaba con fuerza su flauta, esa que ella misma le enseñó a tocar.

No te preocupes, le diría, que al final del invierno viene siempre

la primavera. Pero ante la oscuridad de un atardecer sin colores y la forzosa lucha de sus pies en el barro, Sebastián se preguntó si acaso no era otra de esas promesas que le hacía su padre sin mirarlo a los ojos.

De vuelta a casa, tuvo cuidado de tomar el camino más largo, el que no llevaba a la comisaría, y de mirar cada esquina y aprovechar cada poste. Volvió a pasar por el colegio, como esperando algún cambio, aunque fuera mínimo, que le diera un atisbo de esperanza. Pero allí donde se escuchaban los cánticos matutinos y correteaban los niños jugando a las escondidas, no encontró más que recuerdos esparcidos en un mundo cada vez más distante.

Antes de llegar, le detuvo uno de sus compañeros y le preguntó por su flauta. Era la tercera vez en la semana, pero Sebastián ya le había dicho que no estaba a la venta.

—Ahora tengo quince mil —replicó el otro—. Todo está cerrado y tengo que rendir.

El chico se quedó quieto un momento, todavía apretando la flauta con todas sus fuerzas. No recordaba la última vez que había comido o preguntado, en vano, si había algo para comer.

Quince mil.

Sebastián intentó esconder sus lágrimas cuando finalmente asintió. Se sentó en la vereda a ver cómo se alejaba lo único que tenía de la mujer que le cantaba cuando no podía dormir; de ella, que vivía de mate para que él no pasase hambre cuando el trabajo escaseaba y la comida también. Había vendido su última alegría, la había vendido por quince mil.

—¡Mitã'í! —Le llegó una voz desde atrás y apenas tuvo tiempo para voltear la cabeza antes de que unas manos frías lo inmovilizaran en el lugar. Intentó sacudirse, sin éxito, y los billetes cayeron al suelo para volverse uno con el barro.

A punto de gritar, Sebastián levantó la cabeza para encontrar al comisario.

—Ya sabemos que sos el pendejo que le estuvo robando a todo

el mundo —El oficial agarró el dinero—. ¿Pensaste que no te iba a pillar?

—¿Qué? Yo no...

—Mirá, acá se sabe todo, mitã'i, así que cuidate —dijo el otro, todavía apretando su brazo en un anillo perfecto—. Vos tenés que estar estudiando.

No puedo, quiso decirle el chico. Sus compañeros habían comenzado las clases por celular, porque ¿quién no tiene celular? Quizá en algún momento podría explicarles que él no.

—Ahora te advierto nomás —El comisario soltó su brazo—, pero después, si tu papá no te educa, yo te voy a educar.

Y así, intentando disimular una sonrisa de oreja a oreja y sin escuchar ningún grito o llanto de protesta, se fue a “buscar por ahí al dueño de la plata”.

Sebastián volvió a sentarse en la vereda, rendido, sin saber si le dolía más el estómago, el frío o no poder olvidar todo con una pieza alegre que su mamá le hubiera enseñado alguna vez. ¿Cómo podía ser primavera si jamás terminaba el invierno?

De repente, Sebastián sintió un cansancio indescriptible y sus párpados comenzaron a cerrarse. Se acurrucó en el suelo, como si estuviese en su fino colchón y fuera hora de intentar dormir. Sería tan sencillo quedarse ahí por un segundo, una hora, una eternidad...

Le pareció recobrar sus sentidos cuando sus ojos se toparon con la cosa más bella que había visto en su vida, allí sobre la vereda, como brillando en la oscuridad. Sebastián se incorporó e intentó secarse las lágrimas para verla mejor, pero la mariposa azul fue alejándose de a poco, dejando detrás de sí una estela seguida de la injustificada e inexplicable urgencia de ir con ella.

El chico siguió a la mariposa por una cuadra, dos, tres; la siguió más allá del arroyo, del tanque, del barrio, de la casa del alemán cuyo nombre era imposible y no intentaría pronunciar. Finalmente, la mariposa se detuvo, y Sebastián miró a su alrededor para

encontrar el único jardín tan hermoso como el de su mamá: Tenía orquídeas, rosas, tulipanes; tenía manzanos, naranjos, lapachos; tenía estatuas, fuentes, árboles de todo tipo, flores de todo color. Pero, aun más importante, el pasto estaba cubierto por la causa del recuerdo más vívido que tenía de ella, cuando le enseñó que los deseos se cumplen soplando con fuerza un diente de león.

15

EL RELOJ

Ana Paula Encina Ariste

De nuevo ese sonido, el tic tac se vuelve una canción irritante. El pequeño reloj de la oficina del encargado de la reserva Santa Margarita marcaba las catorce horas. Era el momento en el que el Sol descargaba el calor más abrazante y era hora de revisar los bebederos de los animales y corroborar que todo marche con la acostumbrada normalidad.

La reserva, que está en Alto Paraguay, abunda de vida salvaje. Uno puede encontrarse con jaguares, pumas, ciervos, carpinchos, entre otros muchos animales.

Desde las dieciocho y diez hasta las veintidós se encontraron siete mbiguás muertos. Todos fueron recogidos en una cubeta. No se escuchaba a un solo animal en quinientos metros a la redonda y se crea una tensa quietud.

Entra el Sol.

El reloj de la oficina marcó las doce. Un silencio estremecedor.

Marcó las dos. El llanto de los animales.

García, el encargado de la reserva, decidió averiguar de una vez qué estaba ocurriendo. Pensó que podría ser la caza furtiva y fue

armado. Luego de una hora de caminata encontró una cueva alejada del sendero principal de la reserva. Entró con sigilo y de inmediato sintió en el ambiente el olor fétido de los animales, sintió que un millón de ojos y un millón de oídos se posaban en él. Los animales lucían enfermos.

Logró revisar a los más dóciles. Algunos hinchados, con ojos brillosos, con mucosidades en el hocico y amplias gotas de saliva. Era una escena funesta.

Fue de prisa a despertar al otro encargado, a Barrios. García estaba temblando, el miedo en sus ojos era visible.

—García, ¿qué pasa? —dijo Barrios.

García se aclaró la garganta para hablar.

—Algo terrible está pasando. Algo fuera de lo normal, lo puedo sentir. En las noches los animales tienen un extraño comportamiento pero lo que vi hoy es demasiado. Los animales lucen fuera de sí.

—Tonterías. —replicó Barrios—. Los animales luchan por el poder de su especie, es solo eso. Verás que dentro de dos días todo vuelve a la normalidad.

Pero la normalidad estaba muy alejada en ese momento. García comenzó a sentir unos síntomas de gripe después de doce horas de contacto con los animales. Sus ojos lucían lagrimosos y lejanos, no tenía apetito ni fuerzas pero la repentina tos con sangre lo perturbó.

Los síntomas se propagaron a todo el personal y veinticuatro horas después, no había nadie que cuidara la reserva.

García hizo un esfuerzo por levantarse de la cama donde se mantenía derribado. Buscó torpemente encima de su improvisado escritorio y encontró las hojas. Se sentó como pudo y depositó las hojas en la platina de su Olivetti, prensó el papel y comenzó a escribir. Informó a sus parientes de su estado, contándoles los síntomas e informando sobre la idea de su viaje a la capital si no mejoraba su condición de salud. Pero sabía que su traslado en la condición que se encontraba no era la mejor idea.

Las luces amarillas de saturación débil con el polvo esparcido en el aire crean una atmósfera sepia, en la oficina de correos de la capital se aglomeran las personas en busca de su anhelada carta, en envíos de preciadas pertenencias y la hora las apresura a culminar sus recados cuanto antes, pues el servicio de paquetería siempre llega a destino y en tiempo.

El pariente de García fue a recibir su carta. La carta había pasado por muchas manos antes de llegar a su destinatario.

Días después una extraña peste se asentó en la capital y afloró una incertidumbre general. La idea de un descontrol sanitario era posible. Pero eso ocurría en otros países, en la televisión. No en ese tranquilo lugar. Y eso era un pensamiento reconfortante.

Pero pronto Alto Paraguay y la capital se convirtieron en foco de una peste.

Los hospitales se atiborraron tanto de enfermos con los mismos síntomas que los médicos regresaron a sus casas a los menos graves.

Los investigadores y científicos buscaban el origen del contagio, sabían que el primer infectado notificado era un encargado de una reserva ubicada en el Chaco. Querían averiguar qué animal era el responsable pero todos estaban en pésimas situaciones o casi todos. Hasta que se dieron cuenta que se equivocaban en su búsqueda, tenían que enfocarse en cómo tratar o curar esta peste.

Un doctor de la capital fue trasladado hasta la reserva para investigar a fondo la situación. Llegó y lo primero que observó fue el grupo de animales que quedaba. Lucían lánguidos y moribundos. Fue guiado hasta la madriguera de las zarigüeyas que eran las únicas sin síntomas de la peste. Las encontró unas pegadas a las otras, olfateaban al recién llegado y sus patas con dedos largos se abanicaban en el aire. Pues sí, ahí estaba la solución pensó el doctor. No podía esperar más. Fue hasta el pequeño laboratorio de la reserva y empezó con la obtención de los anticuerpos de las zarigüeyas.

Procedió lo más rápido posible, no había tiempo que perder, la peste avanzaba con pasos agigantados y le quedaba mucho recorrido hasta llegar a la capital. El sonido de las agujas del reloj y sus campanas era lo único que resonaban en el laboratorio.

Después de cinco horas, pruebas a los animales y a los encargados, salió de la reserva con la camioneta de un colono y con las vacunas que habían tenido un resultado positivo. Tenía once horas de viaje, pensar en eso parecía una eternidad. Miró su reloj de pulsera y sabía que tenía que observarlo porque su movimiento le indicaba que todo estaba pasando, que todo pasaría.

Llegó a la capital exhausto pero feliz, ya estaban las vacunas listas para ser aplicadas.

En ese entonces, pareció que la noción del tiempo se perdió, algunos sucesos anteriores a la peste parecían cercanos y los sucesos cercanos parecían de un pasado lejano. Pero no se podía evitar el recuerdo. El recuerdo de que tan corta es la brecha entre el reino animal y los humanos, que tan parecidos eran los animales a las personas y la facilidad con que se puede romper la armonía entre dos mundos.

Fin.

16

SUEÑO VERSUS VIRUS

Francisco Suárez Núñez

—¡Mamá, mamá, mamá! —Fueron las primeras palabras dispersas con desesperación y angustia de Javier al llegar de la universidad.

—Mba'éiko che memby! —Contestó su madre, dando un pequeño brinco de la cama, agarrándose suavemente de la orilla por el dolor de espalda que sentía debido al golpe de una caída.

Ingresó Javier a la pieza de su madre con un descuidado y fuerte empujón a la puerta y se sentó a su lado para que ella no haga el esfuerzo de levantarse.

—Angélica y Fer, ¿tienen clases mañana? —Preguntó Javier, abriendo paso a la noticia que tenía.

—¡No!, hoy avisaron en el grupo de WhatsApp que no van a tener clases por 15 días. —Respondió Ña Graciela, acomodándose nuevamente a su lugar recostada.

—Yo ahora me enteré que varias universidades suspendieron las clases porque ya hay casos confirmados de Covid-19 acá en Paraguay y, que salió un decreto presidencial, el cuál dice que todas las actividades diarias de trabajo, estudio o reuniones informales van a ser suspendidas por 15 días para evitar el contagio.

—¡E'á! ¿Y qué pio es eso?

—El coronavirus es una enfermedad que agarró todo el mundo ya, comenzó en China y ahora se propagó por todos lados. Algo así como la influenza y la peste negra. -Comentó Javier suavemente mientras miraba la televisión en forma de distracción, la madre quedó en silencio por unos segundos y luego añadió.

—¿Y vos? ¿Vas a tener clases?

—No sé. —Respondió Javier, dejando notar su decepción por no estar informado aún sobre ello.

—Mañana seguro va a dar aviso la universidad... —Añadió luego de unos segundos de silencio.

En el cuarto se sentía el ambiente paralizador, la mirada y la actitud de Javier iba cambiando de minuto a minuto, pues, no sabía cómo venía ese decreto a estas alturas, ya cursaba el tercer año de su carrera de docente y estaba a meses de convertirse en profesor; más en el fondo, él tenía el presentimiento de que el brote del virus no lo controlarían en una quincena y que el gobierno extendería la cuarentena en algún momento.

Dejando un vacío argumental en el cuarto, se dirigió a su pieza. Esa noche Javier durmió sin cenar nuevamente, pues como de costumbre ya eran más de las 10:00 de la noche, no sobró la cena y el cansancio laboral acumulado lo dirigía directo a la cama. Al día siguiente esperaba ansioso recibir la noticia de que en el trabajo también se adecuarían al nuevo decreto presidencial, pues no le vendrían mal unos días de descanso, era una época en la que la temperatura sobrepasaba los 30°C y en la albañilería no existe mucha comodidad ambiental que digamos...

Ese día se suspendieron las actividades laborales, Javier se sentía aliviado, por un lado, aprovechó esa semana para ponerse al día con las tareas, y el resto de las horas diarias se la pasaba dibujando, ya que era uno de sus hobbies favoritos, compartía algunos momentos con sus amigos para matar el aburrimiento. 14 días después, se da la noticia de que el país entero entraría en cuarentena total, nuevos casos confirmados se reportaban a

diario y la situación ya no iba siendo tan agradable como suponía. Clases virtuales era la nueva modalidad de educación aplicada, tareas online y videoconferencias, la forma de cursar el semestre, para Javier no era agradable la situación, pues, con 10 miembros de la familia en la casa no es fácil mantener las 3 comidas diarias. No había trabajo, el dinero se estaba acabando y aumentaban los gastos diarios, la preocupación comenzó a adueñarse del hogar y más, cuando en la televisión solo se reportaba de forma indirecta que había probabilidades de que el gobierno extienda por dos meses más la cuarentena.

A mediados de los 2 meses de cuarentena, las esperanzas de culminar bien sus estudios se iban acabando, la angustia no le dejaba dormir y el poco apoyo económico no le dejaba comer más de dos veces al día, la madre necesitaba sus medicamentos para la tiroides, sus hermanos menores también debían cumplir con las clases online, la comunidad se consumía en paranoia y cada vez se hacía más difícil conseguir los alimentos y provistas.

—Mamá: tomá este, es lo que tengo, hay que ver que se puede conseguir por eso, 3 o 4 kilos de harina, el suelto nomás, yerba, azúcar y carne necesitamos comprar en la mayor cantidad posible para tener guardado todo.

—Pero, ¿este no es para tu facultad?, tenés que pagar tu cuota, y ya debes dos meses luego.

—Usa nomas, ya no tenemos ni para la cena, mi cuota no voy a pagar luego y todavía no sé si voy a pagar. Estaba pensando en renunciar y retomar el año que viene, muy henyd ya está todo y no tengo más 300.000 para tirar por mirarle al profesor en una pantalla, muchos mis compañeros ya renunciaron y no parece tan mala idea.

—Pero, mba`épiko ¡3 años al pedo vas a tirar! Claro que esta henyd, pero no es momento para dejar ahora, si tus compañeros se tiran del puente, ¿te vas a tirar con ellos? Seguí sí que vos, no pagues nomás por ahora y después cuando esto termine voy a ayudarte a conseguir la plata.

Javier mostró una sonrisa fingida agachando la cabeza y se dirigió a su cuarto pensando en voz alta “la facultad no dio un descuento en los aranceles, se aproximan los exámenes parciales y de seguro que debemos de estar al día con las cuotas, hace 2 meses que no trabajo, y en la cocina solo tenemos 1k de arroz y azúcar para 2 o 3 tazas, la cuota de la moto y el medicamento de mamá otra vez encima. No quiero dejar la facultad, pero tampoco tengo para seguir”, murmuró mientras escogía una hoja en blanco para sacarse el estrés con algún garabato que se le venga a la cabeza.

Esa noche no le alcanzo el saldo del teléfono celular para conectarse a la clase virtual y la videoconferencia, solo se quedó acostado girando en la cama, sentía una tristeza inefable, se consolaba súbitamente con pequeños recuerdos, y unas que otras palabras de autoayuda, solo pensaba en lo poco que le faltaba y en lo mucho que necesitaba para lograrlo, su sueño de ser docente, su sueño de ser el primer miembro de la familia con un título universitario, su sueño de guiar a los niños y adolescentes por el “camino del saber”, ya no mantenía la misma llama y lo que más le afectaba eran las palabras de su hermano menor de 9 años quien se acercó a él tímidamente ese martes por la tarde pidiéndole alguna moneda para comprar algo de comer y con esa imagen se rindió al sueño; al amanecer encontró una llamada perdida y un mensaje de texto de su jefe de trabajo, le volvía a solicitar, la ciudad donde él vivía no fue detectada con muchos casos confirmados así que fue habilitada para la primera fase de la cuarentena inteligente y bajo las medidas sanitarias preventivas, volvieron al trabajo.

Javier comenzó ese día con una sonrisa en el rostro, despertó a su madre con un beso y luego se despidió para ir al trabajo, con su ganancia de esa semana compró lo necesario para que no faltase nada en la casa y con lo de la siguiente semana pagó algún porcentaje de su cuenta. Culminó su 5º semestre de forma ajustada, pero con buenas notas regulares y ahora va por el último semestre dispuesto a darlo todo y sin ganas de rendirse por el primer título de la familia.

17

EL DITRIÓN CODICIADO

Eliana Maria Ojeda Ortiz

En el invierno de 2077, el pequeño planeta tierra se abrigaba en un gran apogeo de paz y avances tecnológicos, los viajes comerciales al espacio eran comunes, podíamos viajar a cualquier planeta con el reciente descubrimiento hecho por un químico, sobre un nuevo elemento en el núcleo de la tierra al que lo llamó Ditrión (Dn) un tipo de gas. Todos querían saber qué papel desempeñaría aquel gas tan misterioso. Tras el arduo análisis realizado, concluyeron que era una especie de combustible, mucho más eficaz y económico que el hidrógeno que estaban utilizando.

Llegó el día de la prueba, los científicos estaban atentos a lo que ocurriría tras el despegue, se encendieron los propulsores y despegó, el cohete era mucho más rápido y mantenía un equilibrio perfecto.

A miles de kilómetros, un tipo llamado Elliot, corría por las calles, acercándose a cada tienda preguntando,

—¿necesitan a alguien?, reparo cosas y limpio.

Por la expresión en su cara había sido rechazado en cada una. Estaba cansado, buscó con la mirada un asiento, encontró un banco, se sentó, miró al cielo, y dijo:

—¡Necesito algún trabajo!

Segundos después vio sobrevolar la tienda un jet oscuro gigante. Elliot quedó atónito, decidió seguirlo, corrió cuerdas, el atronador ruido que provenía del jet hacía que las personas se desesperaran, corrían por todos lados, Elliot notó que se detuvo, él lo hizo también, observó que unas compuertas se abrían por debajo, un líquido caía como garúa hacia la ciudad, Elliot se empapó de aquel líquido, un hombre le gritó:

—¡Muchacho, por aquí!, —Elliot corrió hacia el hombre, los dos entraron a una tienda y se preguntaron,

—Pero, ¿qué fue eso?

El hombre, cuyo nombre era Louis, sintonizó una emisora, era un desastre en decenas de países y el mismo líquido aparecía, Elliot dudaba que fuera algo del Ditrón que fue descubierto, había escuchado vagamente que sus amigos hablaban de eso, pero no sabía. Salieron afuera, el jet bajó en una plaza cercana, él logró divisar a unos extraños seres, no eran humanos, medían como tres metros, eran de tez blanca con una cabellera rubia. Luego de pisar tierra firme, uno de ellos, el que parecía ser el líder, alzó una mano y empezó a hablar

—Somos la raza Ashtar, venimos en busca del Ditrón, no aceptaremos ninguna oposición, fueron rociados con Hytron, un líquido con microorganismos capaces de destruir lentamente cada célula de su cuerpo, en poco tiempo la mayoría estará contagiado. —bajó el brazo y volvió a su jet.

De repente dos gigantes taladros venían hacia la tierra, empezaron a perforar el asfaltado descomunemente. Elliot estaba observando y le dijo a Louis

—Esto es muy grave, ¡tenemos que hacer algo ahora!, —corrió velozmente hacia el otro lado de la calle, una camioneta apareció en su camino y lo echó al suelo.

Fue un fuerte golpe en su cabeza, despertó y divisó el rostro de una joven frente a él, ella le preguntó —¿estás bien?— perdóname, no

pude verte.

—¡Ah!, no importa —dijo Elliot

—Me llamo Alexa, ¿y tú? —dijo la joven

—Soy Elliot —dijo él.

—Necesito de su ayuda —dijo Alexa— creo que tengo la cura para el Hytron, mis ancestros son indígenas, estos seres son los Ashtar, el cacique nos hablaba de ellos, de su poder, su avaricia y su llegada a nuestro planeta en busca de algo, “existe algo muy poderoso debajo de nosotros”, nos decía, cuando se enteró del descubrimiento se preocupó, muchas de las potencias estaban preparadas para un ataque bélico, no para esto, es mucho más grave.

Elliot y Louis estaban atónitos, subieron a la camioneta y fueron con Alexa.

La joven siguió hablando —El cacique cuenta que traerán inestabilidad y destrucción, pero que existe una esperanza.

—¿Una esperanza?, y ¿de qué se trata? —preguntó Elliot

—Una flor, y vamos hacia ella— dijo la joven acelerando la camioneta.

Pasaron horas, los jóvenes observaban como las personas tosían, caían, algunos se quedaron ciegos, oían llantos, era una calamidad, Elliot sentía una gran impotencia pero confiaba en lo que Alexa decía.

—Están sufriendo demasiado, los síntomas aparecieron —dijo Alexa

Elliot se quedó pensando y dijo —¿cómo es que todavía no aparecen en nosotros?

Alexa los miró y dijo: —Son inmunes, como yo.

—¿Inmunes? —dijeron al unísono.

Sí, según el cacique, seres de otros mundos protegen a la tierra,

con forma humana, transfieren a sus descendientes para que lo sigan haciendo.

“Sabrás quienes son, por su iniciativa en proteger a los humanos, y su inmunidad.”

Llegaron a un bosque, los jóvenes vieron una choza y unos indígenas sentados formando un círculo. —¿También son inmunes? —dijo Elliot y Alexa asintió con la cabeza.

Bajaron de la camioneta, Alexa se acercó a los indígenas, solicitó hablar con el cacique, unos minutos después apareció y dijo: —esto ya estaba determinado —Alexa asintió y se adentraron más al bosque.

Elliot y Louis los siguieron. Observaron una flor, roja como la sangre, el cacique la cortó,

—Muchachos, la esperanza y la cura yace en Catleya Cernuda, es nuestra luz en esta terrible oscuridad— dijo alzándola con sus manos.

—Espere, millones de personas sufren de Hytron, ¿cómo haremos para dársela a todas? —dijo Louis.

—Mézclenla con el líquido vital —respondió el cacique.

Apresuradamente comenzaron a cortar las flores. El cacique se acercó a Elliot y en voz baja le dijo:

—Hijo, tu aura dice lo impotente que te sientes. Los Ashtar son muy poderosos, donde piensan, es ahí donde debes atacar.

Rápidamente los jóvenes subieron las flores a la camioneta, estaban preocupados por la reacción de los Ashtar, pero la voluntad era una constante.

—Conozco una fábrica de contenedores a las afueras —dijo Louis.

—Debemos separarnos, necesitaremos aviones —dijo Alexa, dejando la camioneta detrás de otra. Louis subió a la que estaba enfrente junto con Elliot y una gran cantidad de las flores.

Alexa llegó a una base militar, trepando los portones principales,

dividió decenas de militares caídos y pidiendo ayuda. Velozmente, Alexa mezcló una flor en una botella de agua que tenía cerca, le dio de beber a ellos, en cuestión de minutos el Hytron se había ido.

El cacique decidió contactar con otros líderes de otras tribus, sabía que la única forma de detener a los Ashtar era enfrentándolos, se arrodillo ante Catleya Cernuda y colocó sus manos en la tierra, repitió una frase, débil al principio, pero con mucha fuerza al terminar, sus ojos se tornaron blancos y una brisa se dispersó entre los árboles hacia diferentes puntos.

Louis y Elliot rápidamente llenaron de agua los contenedores y dejaron caer las flores, de repente apareció Alexa con militares, con ellos subieron los contenedores a los muchos aviones y comenzaron a esparcir por todas las ciudades incluso países. Las personas, con la poca fuerza que les quedaba salían, fueron empapados con el agua de la flor y sanaron.

Los Ashtar notaron lo ocurrido y atacaron, en tierra firme, movían objetos de gran peso con la mente matando a muchos de los indios, pero ellos a la vez disparaban con sus flechas directo a sus cabezas.

Elliot logró ingresar al jet y se topó con el jefe. Él le dijo:

—El Ditrión será nuestro, —velozmente derramó a Elliot el líquido con el Hytron,

—Eso no funcionará— dijo Elliot, disparándole una flecha hacia la cabeza.

Los demás Ashtar cayeron, ya no causarían más daños.

Los jóvenes se reunieron. Alexa les dijo:

—No importa cuál sea el obstáculo, ni quienes sean los oponentes, la voluntad debe estar de nuestro lado —felices se marcharon a asistir a los demás.

FIN

18

KATIA

Erika Andrea Silvero Cáceres

Entre los bosques de Fram, en medio de un laberinto de extensa vegetación envuelta en orquídeas, margaritas y el cautivador aroma a maní tostado que batalla con el de la tierra seca, construimos, junto a mi esposo, lo que llamamos “La cabaña de Katia” que, en realidad, no era una cabaña, pero al parecer lograba ensanchar la sonrisa de nuestra pequeña y brillante niña. Todo en ella nos sorprendía. Comenzó a inventar historias desde antes de saber expresarlas. Miraba al vacío y luego corría en busca de todo lo que caía de los árboles. Escribía mapas en hojas del banano y creaba dificultades porque decía que sin ellas el mundo le resultaba aburrido.

—¿Sabes? —me comentó un día—. Creo que puedo hacer cosas que los demás no.

—¿Cosas? —respondí.

—¡Sí! Solucionarlo todo. —Saltó de la cama para venir hasta mí—. Me di cuenta de que nadie presta atención a nadie. Quizá yo podría enseñarles.

—¿Qué te hace pensar eso? —sonreí.

—Pues todo. El maestro nunca ve que a Sheyla le duele mucho la

cabeza los martes y la obliga a correr. A Henry su mamá quiere cambiarlo de escuela, ¿cómo es que podría coleccionar sus figuritas de chicle sin nuestra ayuda? Se llenaría los dientes de caries. Y más aún por lo de hoy.

—¿Lo de hoy? —Me apresuré a indagar.

—Papá dijo que los animales son una molestia y cuando le expliqué que no, comenzó con sus llamadas.

—Quizá papi se refería a que dan muchos problemas. Hacen ruido... necesitan salir. En fin. Ya serás grande algún día y podrás tener uno.

—Pero falta mucho...

Me acerqué más a ella e intenté abrazarla, pero no lo hice, preferí ofrecerle unas galletas.

A los siete, inventó una tabla periódica compuesta de insectos, defendiendo el inherente valor con el que contaban. Creaba figuras con barro y empapaba sus manos de acuarelas cada mañana, luego de ayudar a sus compañeros en todas las asignaturas de las cuales estaba perdidamente enamorada. De pronto, ya no pudo volver a la escuela, los locales de arte se cerraron y nadie podía venir a verla. Estábamos atravesando una pandemia tan desconocida que incluso estudiarla nos llenaba de miedos, así que envolvimos nuestras esperanzas dentro de la misma manta con la que nos arropábamos durante los insomnios y nos encerramos siguiendo cada instrucción.

La falta de emoción en Katia la iba convirtiendo en una niña totalmente diferente. No le gustaba comer y de a poco le aburrieron los juegos de mesa. Los psicólogos colgaban los carteles de "Cerrado" y en los hospitales los tonos ya anunciaban desesperación. Las semanas se volvieron meses y toda forma de protección comenzó a ser vista como traición. Ya nadie se sentía a salvo, ni siquiera yo. Un día, sus defensas bajaron, la debilidad se notaba en sus pasos y la tos se volvía cada vez más irritante, aunque probé con todo tipo de remedios, que parecían ser de calidad. Temblaba ante la idea de llevarla al médico, ya que las

leves sospechas acarreaban problemas y yo no podría aguantar que la alejaran de mí. Ella no podría estar contagiada, y eso lo tenía por seguro.

Al notar que mis intentos de sanarla no funcionaban, la culpa comenzó a carcomerme y algo en mí me obligó a pedir ayuda. Podían creer que estaba contagiada, encerrarla con todos esos desconocidos o incluso prohibir que yo esté allí para cuidarla, pero ya no encontraba otra solución. En nuestro pueblo nada quedaba cerca y cuando decidimos tomar todos nuestros ahorros en busca de un buen médico, descubrimos que ya no teníamos nada. Un tío al que mi esposo confiaba los cobros de la empresa, se lo había llevado todo.

Con lo poco que teníamos emprendimos un viaje hacia Hohenau, llegando hasta un hospital público en donde nos tomó toda la mañana conseguir un turno. Nos advirtieron de una posible reacción alérgica, la cual fue empeorando por culpa de los medicamentos. La enfermera me hizo entender lo mal que había actuado como madre y mi esposo solo bajaba la cabeza, excluyéndose de cualquier culpa.

—¿Acaso quiere que la lleven lejos de usted? ¡No sabe lo que los fármacos incorrectos le pueden causar! —reclamó nuevamente la enfermera, ignorando la presencia de mi hija, y ella comenzó a llorar.

—¿Señora enfermera? —dijo sorprendidamente.

—¿Pasa algo, mi cielo? —La mujer acurrucó la almohada.

—¿Quiere usted un gatito? —Preguntó casi bajo súplica.

—¿Un gatito? No, gracias, pequeña. Yo apenas tengo tiempo para comer.

Katia se rompió a llorar con más tristeza. Tapó sus ojos y rápidamente los secó.

Sin entender, me acerqué y la miré cuestionándole la razón.

—Tengo miedo, mamá. Porque si muero y tú no quieres a los

animales, y... la señora enfermera no puede tener a Felipe, él morirá pensando que lo abandoné ¡y a él ya lo abandonaron una vez! Por favor, no lo permitas...

Había guardado en su casa de juegos un pequeño gato al que alguien había tirado allí. Fue por él que tuvo los primeros síntomas. Los mapas en las hojas llevaban a su escondite, Felipe estaba en todos los dibujos que me regalaba y en los cuentos que narraba. Los repetía y repetía con la esperanza de que un día le diera una sonrisa y ella supiera que yo lo aprobaría, aun así, nunca la escuché y nunca confié del todo en ella, o en su inteligencia. Fue desde aquel momento en que dejé de creer que podría con el mundo yo sola todo el tiempo. Comprendí que los miedos aparecen en forma de lluvia y ahogan a cualquiera que quiera hacer de su orgullo un paraguas. A pesar de mis esfuerzos, un día se la llevaron. Dijeron que sin mí estaría mejor. La familia de mi esposo me detestó y no faltó mucho para que él encontrase un nuevo amor, si a eso podía llamársele así ¿cómo explicaría yo que no tenía a nadie? ¿cómo decirles que pensé haberla protegido? Quizá fuese lo mismo que sintió ella, y por primera vez, sin su voz recitando en mis oídos, logré escucharla. Estaba tan perdida y sola como yo. Atrapada en la vida que no le permitían tener. Desde aquel momento, cada jornada terminada era un nuevo suspiro hacia la proximidad para volver a verla y aunque pensé que mi mundo fue destruido, descubrí que nada de lo que tenía era seguro, real, ni sano. Solo quedaba comenzar de nuevo, pero esta vez, sin construir mis sueños sobre las manos de otros, abriéndome lo suficiente para dedicar mi vida a aprender y enseñar. Desconocer es paralizarse y somos muchas las mujeres que salimos al mundo sin tener idea de lo que nos espera, con el peso de lo que debemos ser, de lo que debemos dar, sin nadie recordándonos que seremos tachadas desde el primer error, sin importar que tan floja está la cuerda sobre la que jugamos a controlarlo todo. Al fin y al cabo, los paramédicos siempre llegan tarde a los accidentes de las segundas oportunidades y no nos queda otro camino que aprender a curarnos, incluso cuando levantarse signifique sentir que no hay nada para nosotros al cruzar la puerta. Siempre hay más. Siempre se podrá.

19

LA HEROICA MAESTRA

Rodrigo Fabián Barreto González

Ella volvía a zancadas a casa, sentía el estupor del entorno filtrándose en esos poros desgatados y los ojos llorosos por pasar horas dando una lucha a favor del saber. Casi tropezándose, dio un largo suspiro al cruzar la puerta de la sala, que se había vuelto, no solo su sitio de trabajo, sino el espacio donde largos pensares avasallaban su mente en la búsqueda de medios para que sus exhaustivos métodos educativos funcionaran. Ya bañada en alcohol, aún un tanto dispersa, se cuestionaba que la única distracción latente era la de realizar las compras semanales; sin embargo, comprendía que eso la mantenía segura de lo que en aquel entonces se había vuelto, no solo el sospesar de unos tantos, sino del propio mundo que no sabía aún cuestionarse la propia humanidad.

Rosalía despertaba cada mañana a encender la pequeña computadora para la que tuvo que trabajar arduamente durante años impartiendo la educación, sabía que debía ser prudente con la máquina, darle el tiempo suficiente de arranque para proceder a sentarse por un tiempo que desconocía necesidades porque su fervor y optimismo eran lo que mantenían a sus pequeños grupos de clases con esperanza, a pesar del virus que circulaba afuera. No solo la distinguía todo el esfuerzo que debía realizar la noche anterior hasta llegar cansada al único sueño que la deparaba: el anhelo de volver a oír el coro de los buenos días, sino también la inmensa empatía y ese carisma reflejado en su sonrisa.

Era casi hora de involucrarse en la capa de heroína que tenía bien merecida cuando de pronto oyó zumbir el celular, había recibido el mensaje de uno de sus alumnos, estaba acostumbrada a recibir trabajos a cualquier hora, pero este fue uno que la llevó a caer en la silla junto a ella.

—Maestra, aunque me cueste decirlo, necesito de su ayuda; la situación de mi familia no es suficiente para solventar mis estudios, y tengo el gran deseo de poder seguir preparándome, —estas breves y concisas palabras la llevaron primeramente a sentirse indignaba ante la situación vivida, a echar unas lágrimas por las escasas oportunidades y el casi nulo respaldo.

No obstante, estaba decidida a no darse por vencida, sabía que podía entregar un poco más que su gran saber y vocación; tomó las fortalezas necesarias y sin dudar, se puso en comunicación con el alumno del cuál sabía perfectamente el nombre: Rodrigo, a quién sin hacer ningún cuestionamiento, pidió que la guiase hacia su hogar.

Él la esperó frente a su humilde casa sobrepoblada con una mezcla de pena, melancolía, pero por sobre todo, con una ilusión que irradiaba con gran fuerza, con el ánimo de una persona que denotaba lucha y perseverancia. El reencuentro apenas duró el pase de un sobre, uno que, sin importar el volumen, transmitía el sentido de humanidad, la confianza, y tal que, con la melodía de los agradecimientos, ese anhelo de los coros de los buenos días se encontraba obrado.

—Es difícil poder expresar todo el agradecimiento, por lo que será mi dedicación la que compense su gran acto, créame que hoy no solo ha sido mi maestra, sino también mi heroína, —fueron las palabras que la llevaron a terminar la lección del día siguiente con una alegría que no sentía hace tiempo, con la motivación que la había impulsado desde el inicio y cada día, con más plenitud. Esa noche no solo fue a la cama a por busca de un sueño, sino con la certeza de que su acto representaría el principio del cumplimiento de tantos otros.

20

RESILIENCIA

Fátima Gabriela Arza

«*Está bien no estar bien*», había escuchado esa frase tantas veces, pero en realidad, ella no lo sentía de esa forma; desde pequeña había aprendido a ocultar sus emociones, a guardarlo todo dentro de su corazón y no dejarlo salir; sabía cómo callar cuando quería gritar y poner una sonrisa en su rostro cuando quería llorar. Había pasado toda su vida fingiendo estar bien que ya no sabía cómo mostrar sus verdaderas emociones ni cómo lidiar con ellas.

Todo eso la afectó cuando inició la cuarentena, el estar apartada del mundo, siendo la única compañía la suya propia, la llevó a tener que enfrentarse a sus demonios internos y a los sentimientos oscuros que guardaba en su interior.

En los primeros 14 días, trató de mantenerse positiva, de no lidiar con las voces que llenaban su mente en la soledad, trató de generar ruidos para no pensar y se apartaba de sus miedos, descartándolos como preocupaciones vanas.

Pero las cosas cambiaron con el pasar de las semanas y meses, los pensamientos positivos se le vinieron abajo y fueron irrecuperables. Su estabilidad se quebró, como cuando se rompe un vaso de vidrio, se puede intentar unir las piezas, podría hasta volver a lucir como un vaso de nuevo, pero tendrá grietas por las cuales, si se lo llega a llenar de agua, irá goteando hasta perder por completo su contenido.

Se repetía una y otra vez que las cosas estarían bien, que saldría adelante, que todo mejoraría, no dejaba de decir que podría recuperar su estabilidad, por ello incorporó aún más actividades a su rutina diaria para no pensar durante el día. El problema eran las noches, cuando los demonios la acechaban en la oscuridad y las voces en su cabeza le recordaban todo lo que podría salir mal, sin importar lo mucho que quisiera salir de aquella oscuridad, se encontraba cegada y no podía encontrar la puerta de salida.

Todas las noches se encontraba a sí misma, acostada, sin poder conciliar el sueño, tratando de ignorar las sombras que deslizaban sus garras para llegar a su corazón, buscando consumirla por completo. Cada noche se abrazaba, luego de contemplar el techo de su habitación por horas, como si intentara mantener todas sus piezas unidas; cerraba los ojos con fuerza e intentaba ignorar, sin éxito, las ganas de llorar.

Cuando al fin caía dormida, si es que lo hacía, derrotada por el agotamiento, sus sueños se convertían en pesadillas turbias que la hacían despertar con el cuerpo cubierto de sudor, la respiración agitada y los latidos de su corazón siendo erráticos.

Al día siguiente se repetía lo mismo. Era un ciclo interminable de completa angustia que la agotaba tanto física como mentalmente, su productividad iba bajando debido a las múltiples noches sin sueño, por lo que las actividades disminuían y los pensamientos oscuros empezaban a acosarla durante los días.

Cuando comenzó a notar cómo sus demonios la miraban a los ojos durante el día, buscó formas de alejarse de ellos, intentó ejercitar para mantener su cuerpo sano y por lo tanto también su mente. Funcionaba durante el día, pero las noches seguían iguales, aun peor, si fuera posible.

Las palabras escritas, si bien sacaban los pensamientos de su mente momentáneamente, la lastimaban aún más. Ver sus pensamientos plasmados en papel causaba lágrimas en sus ojos, pues notaba la oscuridad que se cernía sobre su corazón.

Sentada en su habitación, con las lágrimas cayendo sobre su

pequeño diario, las manos temblando y el alma por el piso, decidió comenzar de nuevo, no tenía idea de cómo lo haría, simplemente se sentía movida por la desesperación de salir de la oscuridad, las ansias de vivir y sentirse bien una vez más, para generar un cambio en su vida.

Sabía que su padre la podía contactar con buenos psicólogos que probablemente la ayudarían pero, ¿cómo dices a tus propios padres que necesitas ayuda psicológica? ¿cómo les haces saber que te encuentras completamente rota por dentro?

Todas esas inseguridades hacían que quisiera volver a llorar, estando en un país donde existen tantos estigmas sobre la atención psicológica, ir a sus padres y decirles que necesitaba ayuda, la aterraba.

¿Cómo, si todos esperaban que ella fuera contenida en todo momento, iba a admitir que necesitaba la ayuda de alguien porque la oscuridad era demasiado para ella? ¿Cómo iba a expresar lo mucho que le dolía el esforzarse cada día para complacer a los demás? Se sentía en la oscuridad, estirando la mano para que alguien la tomara, mas nadie lo hacía.

Sabía que tenía problemas, pero no quería que le dijeran que algo estaba mal con ella; toda su vida se había esforzado por ser la mejor en todo, para que sus padres se sientan orgullosos de ella, para cumplir las expectativas impuestas por sus hermanos mayores y su padre mismo sobre cómo debía ser ella. Siempre daba todo de ella hasta el punto que ya no sabía qué le quedaba; cuando empezaba a hacer algo ponía todo su empeño en ello para demostrar lo trabajadora que era, estudiaba hasta tener jaquecas diarias y trabajaba hasta que le dolía el cuerpo de tanto hacerlo; para ella la vida era el cien por ciento o nada.

Con el tiempo, recordó lo único que no había intentado para sanar. Tomó su celular junto a sus auriculares y comenzó a reproducir las músicas de su grupo favorito, había pasado tanto tiempo desde que había escuchado realmente la letra de las músicas que amaba, músicas que hablaban de no darse por vencido, que le decían que no estaba sola, que no era la única que se sentía rota.

Había escuchado y leído en muchos lugares que la música salvaba; no se había dado cuenta de la verdad en aquellas palabras; las canciones que se encontraba escuchando no arreglaban sus problemas, no eran una fuerza superior que hacía que todo a su alrededor se desvanezca y ella quedara sin preocupaciones. Sin embargo, le decían que estaba bien no estar bien; antes había escuchado esas palabras y aunque nunca había creído en ellas, había algo en la manera en la que las voces de los cantantes, junto a la melodía y la composición de aquellas letras, que le hacían ver que existía cierta verdad en ellas.

Empezó a escucharlas día y noche, sin cesar, esas composiciones le daban la fuerza de levantarse y seguir avanzando a pesar de todos los obstáculos que se le presentaban, le daban la valentía de enfrentarse a sus demonios.

Se encontraba en su habitación, escuchando aquellas melodías que tanto amaba, derramando unas cuantas lágrimas, cuando sintió una mano en su hombro. Era su hermana, que la miraba con la preocupación grabada en sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó. Al notar las lágrimas deslizándose por su rostro, tomó asiento junto a ella en la cama en que se encontraba y la rodeó con sus brazos.

—No —respondió con la voz quebrada—, no lo estoy, necesito ayuda.

El agarre de su hermana se volvió aún más fuerte mientras acariciaba sus cabellos, diciéndole que todo iba a salir bien, reconfortándola en sus brazos, dejando que sollozara sobre su hombro.

Tal vez fueron aquellas palabras mezcladas con melodías las que le otorgaron la valentía para pedir ayuda, tal vez fue el abrazo de su hermana, o tal vez fue su propia fuerza la que la hizo admitir que era humana, que podía permitirse no estar bien y pedir ayuda para volver a estarlo.



Kreusser e/ Independencia y Honorio González
+595 71205454 - recepcion@unae.edu.py
Encarnación - Paraguay



ANTOLOGÍA
**JÓVENES
QUE CUENTAN V**
Cuentos en pandemia

Celebro la publicación de esta antología, celebro los nuevos autores, jóvenes escritores en quienes creemos, por quienes trabajamos. 20 cuentos de 20 creativos. Sean las hojas de este libro las alas necesarias para que emprendan vuelo, sigan cultivándose, creciendo, escribiendo. La voluntad también es un talento.

Dra. Nadia Czeraniuk
Rectora
Universidad Autónoma de Encarnación
Coordinadora del Concurso Jóvenes que Cuentan



Primera Edición de Jóvenes que Cuentan - 2016



Segunda Edición de Jóvenes que Cuentan - 2017



Tercera Edición de Jóvenes que Cuentan - 2018



Cuarta Edición de Jóvenes que Cuentan - 2019



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN

